



DISFAGIA
Maykel Rafael Paneque



Maykel Rafael Paneque

DISFAGIA



PERSONAJES

CLAUDIA.

JAVIER.

ENRIQUE.

DIONISIO.

MARCOS.

ASCENSORISTA.

ASISTENTA.

ENCAPUCHADO.

ENCAPUCHADA.

VOCES.

LA COFRADÍA:

49.

58.

61.

92.

DISFAGIA

CLAUDIA. Al piso 18, por favor.

ASCENSORISTA. ¡Ya regresó!

CLAUDIA. ¿No me ve?

ASCENSORISTA. En carne y hueso.

CLAUDIA. ¿De qué se asombra entonces? ¿No me vio salir temprano en la mañana?

ASCENSORISTA. Precisamente eso, que regresara tan pronto.

ASISTENTA. Yo los vi alejarse cabizbajos y sumisos, y el cielo estaba medio oscuro, aunque era de día. Una caravana obediente avanzando sobre el fango, entre la maleza y el silbido húmedo del viento. Así marchaban: apretados, unos contra otros, en silencio, sin volver el rostro. Eso eran: un terco caminar a quien sabe dónde, bajo el cielo panzudo de nubarrones negros por donde asomaban relámpagos. Y mi hijo, mi único hijo, iba con ellos.

ASCENSORISTA. Es que pensé...

CLAUDIA. ¿Qué?

ASCENSORISTA. Nada. Será el encierro. Me produce ansiedad.

CLAUDIA. Necesita oxigenarse, cambiar de

actividad de vez en cuando. En fin, llenar los pulmones de energía.

ASCENSORISTA. ¿Usted también lo cree? Eso pensaba por la mañana antes de venir a trabajar.

CLAUDIA. Sí. De vez en cuando necesita respirar fuera de este aparato obsoleto.

ASCENSORISTA. Aquí todo es un ataque de repetición. Las mismas caras, los mismos saludos, los mismos bostezos. Y también los mismos microbios.

CLAUDIA. Debería traer encima una mascarilla de oxígeno. Puedo conseguirle una. Usada, claro.

ASCENSORISTA. ¿Usada por quién? ¡Ni que estuviera loco!

CLAUDIA. Aún no he dicho quién la usó.

ASCENSORISTA. Puedo imaginarlo.

CLAUDIA. El paciente no es contagioso. Puede estar tranquilo.

ASCENSORISTA. Prefiero morir por falta de aire a ponerme en la cara algo que usó ese...

CLAUDIA. ¿Lo conoce, a Dionisio?

ASCENSORISTA. ¿Al postrado? Claro.

CLAUDIA. Qué suerte tiene.

ASCENSORISTA. ¿Yo?

CLAUDIA. Dionisio. Un suertudo de primera.

ASCENSORISTA. Hasta ahora ha tenido suerte.
Quiero ver cuánto le dura.

CLAUDIA. El octogenario disfrutará otra sorpresa.
Ya lo decidí, está invitado. Y no quiero un No por respuesta.

ASCENSORISTA. ¿Invitado, yo? ¿A qué?

CLAUDIA. A una fiestecita en el apartamento. Por la tarde noche.

ASCENSORISTA. No... no sé. Depende. No puedo prometer nada.

CLAUDIA. Dígale no a la neuropatía y venga.

ASCENSORISTA. Quisiera morderme la lengua.

CLAUDIA. Pero no puede.

ASCENSORISTA. Lo tengo atragantado aquí en la garganta. Y no me deja respirar.

CLAUDIA. Suelte la lengua. No dé más vueltas.

ASCENSORISTA. ¿Segura?

CLAUDIA. Segurísima. Dígame lo que piensa.

ASCENSORISTA. ¿De veras puede mirarle la cara todos los días al postrado...?

CLAUDIA. ¿Y...?

ASCENSORISTA. ¿... y no hacer nada?

CLAUDIA. Ah, era eso.

ASCENSORISTA. ¿Le parece poco?

CLAUDIA. Siempre que me preparo para escuchar una confesión espero algo aterrador. Algo tan terrible que me haga saltar de la butaca donde estoy firmemente sentada.

ASCENSORISTA. ¿De verdad puede quedarse sentada frente al mierda ese y no hacer nada?

CLAUDIA. Ya. ¿Y quién dice que no hago nada? Que no ande por ahí divulgándolo es otra cosa.

ASCENSORISTA. Si usted lo dice.

ASISTENTA. No necesito un martillo, tampoco los clavos. Me basta un *vanity* para crucificar al anticristo. Ese que no creyó en mi hijo y lo llamó epiléptico.

DIONISIO. El vademécum más claro no puede ser. ¿Tiroides? Necesita tratamiento.

ENCAPUCHADO. ¿Artrosis?

ENCAPUCHADA. Necesita tratamiento

DIONISIO. ¿Neuritis?

ENCAPUCHADO. Necesita tratamiento.

ENCAPUCHADA. ¡Bulimia!

DIONISIO. Necesita tratamiento

ENCAPUCHADO. ¿Dislexia?

ENCAPUCHADA. ¡Necesita tratamiento!

DIONISIO. Estomatitis.

ENCAPUCHADO. Necesita tratamiento.

ENCAPUCHADA. ¡Halitosis!

DIONISIO. Necesita tratamiento.

ENCAPUCHADO. “Varicoceles”

ENCAPUCHADA. Necesita tratamiento.

DIONISIO. ¡Priapismo!

ENCAPUCHADO. “Necesita tratamiento”.

ENCAPUCHADA. Un momento. ¿Estas no son enfermedades de viejos?

ENCAPUCHADO. Casi todas.

DIONISIO. Por eso tenemos que erradicarlas.

ASCENSORISTA. Hablando de otra cosa, y de lo mismo: ¡si tuviera veinte años menos! Si la juventud me acompañara.

CLAUDIA. ¿Qué haría?

ASCENSORISTA. ¿Que qué haría?

CLAUDIA. Eso le pregunto. Si fuera un hombre nuevo, ¿qué haría?

ASCENSORISTA. Hacerme carpintero. No lo pensaría dos veces.

CLAUDIA. Tiene mi aprobación. Hoy en día es un oficio como el del plomero. Cobran una fortuna por cualquier bobería.

ASCENSORISTA. ¿Sabe cuánto me piden por un ataúd para el perro?

CLAUDIA. ¿Cuánto?

ASCENSORISTA. Casi el precio de un escaparate.

CLAUDIA. Dios, María y José. Mejor lo entierra directamente en la tierra.

ASCENSORISTA. Ummm, no es mala idea.

CLAUDIA. ¿Por qué sonrío?

ASCENSORISTA. Esa imagen “enterrar” me recordó una época de mi vida.

CLAUDIA. Cuando era más joven.

ASCENSORISTA. Sí. Era sepulturero.

CLAUDIA. ¿Sepulturero sepulturero?

ASCENSORISTA. Eso mismo. Enterrador si lo prefiere.

CLAUDIA. Ahí tiene otro oficio respetable.

ASCENSORISTA. Y necesario.

CLAUDIA. Usted es un hombre lleno de sorpresas.

ASCENSORISTA. Si no fuera por estas manos, aún viviría de esa digna profesión.

CLAUDIA. Bueno, si me lo pregunta, ser ascensorista también es muy necesario. Con estas manos ocupadas pasaría un trabajo enorme para abrir la puerta. Por suerte lo tengo a usted.

ASCENSORISTA. ¿Sabe algo? Si me lo pidieran no dudaría en ayudar a los jóvenes que me han remplazado.

Con gusto agarro los instrumentos y les digo: muchachos, ¿dónde hay que cavar?

CLAUDIA. A ese sentirse útil para algo lo llamo estar vivo.

ASCENSORISTA. Puede estar segura de eso, aunque mis dedos sean un asco. ¿Los ha visto bien?

CLAUDIA. Ahora que los veo de cerca, tiene razón. Están algo torcidos.

ASCENSORISTA. Por eso tampoco puedo dedicarme a la carpintería. No tengo edad para andar por ahí con un martillo, sino otro sería el cuento. Esta maldita artritis.

CLAUDIA. Puedo conseguirle Vaposan. No va a enderezar esos dedos engarrotados, pero al menos aliviará el dolor.

ASCENSORISTA. Aun así estoy listo para lo que sea, no lo dude. Con estos dedos podría manejar un almendrón.

CLAUDIA. Se lo creo. Yo misma, absolutamente confiada, sacaría la mano y le pediría una carrera.

ASISTENTA. Cierto o no el pronóstico de la cartomántica, ella miró las líneas de mi mano y dijo: “su hijo pronto saldrá de viaje, será en invierno, pero habrá necesidad urgente de operarlo”. Y una línea corta

anunció arritmia cardiaca. Y otra mediana vaticinó sobrevivirá a la brutal anestesia. Y otra más larga: también sobrevivirá a las manos que se la colocaron mal, próxima a una vena equivocada del cuello. Y aquí estoy esperando, no por mi hijo, por sus médicos.

ASCENSORISTA. ¿A dónde los llevo? Eso les diría a los entusiastas.

DIONISIO. Al Focsa.

ASCENSORISTA. ¿La Fosa? ¿Dónde diablos queda eso?

ENCAPUCHADA. Foc-sa. F-O-C-S-A.

ENCAPUCHADO. ¿Apartamento 63?

DIONISIO. Ese mismitico.

ASISTENTA. Entraron al edificio. O a la Madriguera, así le llamaban. Y patearon puertas, desportillaron goznes y en la mirada de él y el otro y la otra, algo enloquecido.

DIONISIO. ¿Qué se nos ofrece? Agarrar mansito al hemofílico.

ENCAPUCHADA. Se nos escapó y tenemos cuentas que arreglar con él.

DIONISIO. ¿Dónde está?

ENCAPUCHADO. Cagándose de miedo bajo la cama, puedo olerlo. ¿Y entonces?

ENCAPUCHADA. Revisé libro por libro, hoja por hoja, y nada.

DIONISIO. Listo el paciente, nos olió de lejos.

ENCAPUCHADO. Un olfato bien entrenado, como el mío. Pero ya lo agarraremos.

ENCAPUCHADA. No dejé un respiradero sin inspeccionar. Ese tarado evaporó su historia clínica y el carnet médico.

DIONISIO. No importa. El carnet del paciente es personal e intransferible. Nadie más puede usar su número.

ENCAPUCHADA. El 68, ¿no?

DIONISIO. Tenemos que dar con esas historias clínicas, nada de rastros.

ENCAPUCHADO. Lo sé. Es una orden del Alto Mando. Cortar por lo sano las difamaciones.

ENCAPUCHADA. ¿Le caemos al resto?

ENCAPUCHADO. Sí, vamos por ellos.

ASCENSORISTA. Ya que estamos frente a frente se lo voy a decir. Muchos sabemos que usted lo...oculta. Al postrado.

CLAUDIA. ¿Ocultarlo, de quiénes?

ASCENSORISTA. Un día de estos no podrá protegerlo. Ya verá.

CLAUDIA. Me pagan por alimentarlo, mantenerlo limpio y aseado mientras respire. Eso es todo. No protejo a nadie.

ASCENSORISTA. Si usted lo dice. (*Ojea un periódico.*) “Aprueban subsidios para minusválidos”. “Canadá dona ejemplar de toro Cebú para incrementar producción vacuna”. “Asciende el producto interno bruto a 3.4”. “Controlan focos de dengue en La Capital”. “Dejaremos de ser analfabetos tecnológicos para el 2020”. “Culmina con éxito campaña de vacunación contra la Hepatitis B en todo el país”. “Superaremos a Francia en variedad de quesos exportables”.

CLAUDIA. ¡Por qué hace tiras el periódico!

ASCENSORISTA. Y además esparzo los papelitos en el piso. No me interesa reciclarlos.

CLAUDIA. ¿Nada que le interese?

ASCENSORISTA. Nada. En el 2060, cuando nuestros bisnietos lean la prensa de esta época, exclamarán sorprendidos: ¿de qué se quejaban tanto mis abuelos si no tenían problemas?

CLAUDIA. Por eso llevo un diario.

ASCENSORISTA. ¿De veras?

CLAUDIA. Desde que empecé a cuidar a Dionisio. Sí, no se sorprenda.

ENCAPUCHADO. ¿Qué dice esa historia clínica?

ENCAPUCHADA. Que los operaban sin anestesia.

DIONISIO. Ahí tiene el primer embuste. Y esa otra, ¿qué mierdas dice?

ENCAPUCHADA. Que los enfermeros, cuando perdían el estribo, aplicaban “El ladrillo”.

ENCAPUCHADO. Otra calumnia más.

ENCAPUCHADA. También que les quitaban el asma con una técnica apodada “El Barril”.

DIONISIO. Difamaciones. No me lea una mentira más.

CLAUDIA. Ese diario será el testamento que dejaré a mis bisnietos. Una voz solitaria contra la desmemoria. Una voz desentonando del Coro y del deber nuestro de cada día.

ASCENSORISTA. Me pica la curiosidad. ¿Qué escribe en ese diario?

ASISTENTA. El día a día. La espera. Eso resume mi vida pero estoy viva para testificarla.

ASCENSORISTA. Pero...

CLAUDIA. Ya. Quiere un ejemplo.

ASCENSORISTA. Sí. Con uno basta.

CLAUDIA. ¿No ha notado que en la cuadra van desapareciendo las personas?

ASISTENTA. Todos los días. Ese es el sentido de la espera, saber que mi hijo regresará un día cualquiera, así de sopetón. Y yo, su madre, sabré reconocerlo. Venga con pelo o sin él, con o sin barba.

CLAUDIA. ¿Y a dónde van los desaparecidos?

ASCENSORISTA. A un mundo mejor.

CLAUDIA. Me lo quitó de la boca.

49. El Sanatorio se bastaba con los postas de guardia y estar enclavado en un llano abierto y distante, con una carretera sinuosa y sin pavimentar. Vlado, ¿a cuántos kilómetros estábamos de La Capital?

92. A mil novecientos ochenta y cuatro, exactamente. Ni un kilómetro más ni uno menos.

49. La Granja, así bautizó el director a ese hospital. ¡Vaya nombre!

58. Seamos sinceros, Migue. Había unos gansos enormes. También patos y gallinas a montones. Cacareaban hasta de noche, cuando debían estar durmiendo.

61. Y también cerdos. Y conejos. Y hasta monos, ¿nunca lo escucharon aullar de madrugada?

92. Y yo que pensé: nos llevan a un balneario. Ni esta poceta de agua con azufre para curarme las escaras. Apenas unas barracas donde dormíamos los enfermos,

un polígono de deportes, los urinarios, algo que llamaban El Quirófano y el comedor donde nos reunían a las diez de la noche y nos contaban antes de dormir.

ASCENSORISTA. ¿Y tiene registrado los nombres de los desaparecidos?

CLAUDIA. Todo. Su estatura, color de piel, número de carnet de identidad. Día, hora y lugar de la partida.

ASCENSORISTA. ¿Con esa precisión?

ASISTENTA. El Ascensorista me dijo por la mañana: qué día más cálido a pesar de la tormenta que se avecina. Mis manos abrían la carpeta donde guardo los recortes de la sección Desaparecidos del periódico. “El joven de 19 años de edad, Rodrigo Campos Matos, quien se encuentra enfermo de la mente bajo un estado de melancolía, ha desaparecido de su casa en esta capital y sin que se haya encontrado una pista del sitio donde está. Su mamá, señora Delfina Latos, solicita la cooperación de todos para encontrarlo. Se estimará muchísimo cualquier información a través del teléfono 41-9908”. Aquí va otro recorte: “Este adolescente que ven en la fotografía, nombrado Ismael Rodríguez Ferrán, vecino de Belascoaín No. 551 entre Pocito y Jesús Peregrino, falta a su casa desde el día 1ro. El muchacho padece de amnesia y ataques epilépticos. Al salir vestía

pantalón negro corto, camisa gris de colegial y tenis. Tiene una cicatriz en la frente y otra debajo del ojo derecho. Cualquier informe puede darse en la dirección antes mencionada o en los teléfonos 62-0292, su escuela, o 73-5847, centro de trabajo de su madre". Si me preguntaran, si alguien se atreviera, yo sabría decir a dónde van los desaparecidos.

CLAUDIA. Se asombraría de lo meticulosa que soy. Anoto si el boleto es por aire, terrestre o por mar. Si parten de madrugada o de día. Si dejan una nota a los familiares. Si envían una postal desde la nueva residencia. Todo.

ASCENSORISTA. Mi hija está en Chile.

CLAUDIA. Ya está registrado.

ASCENSORISTA. Ah, ¿sí?

CLAUDIA. Por supuesto. Y el sobrino de la presidenta del Comité partió ayer para Ecuador.

ASCENSORISTA. Nos estamos despoblando diariamente.

CLAUDIA. Estamos desapareciendo poco a poco. En el 2100 seremos una especie amenazada.

ASCENSORISTA. En peligro de extinción, diría yo.

CLAUDIA. A Chenó, el carnicero, ¿cuándo fue la última vez que lo vio?

ASCENSORISTA. De su partida sí me alegré. Ya me tenía hasta la coronilla que me robara ocho onzas cada vez que llegaba el pescado o el pollo de dieta.

CLAUDIA. Tengo anotado cuando Pupi cerró la cuadra para celebrar que partía para Alemania. La cantidad de globos, los voladores y las cajas de cerveza. Además de la máquina de espuma.

ASCENSORISTA. Espero que no tenga registrado cuando voy a morir.

CLAUDIA. No pierdo mi tiempo en interrogar a la muerte.

ASCENSORISTA. Eso me tranquiliza.

CLAUDIA. Aquí va otra obsesión registrada en el diario. Los precios. Suben como la temperatura en un termómetro bajo las axilas.

ASCENSORISTA. Algún día habrá que culpar a los precios de los dolores de cabeza, las diarreas, los infartos y los derrames cerebrales. Mierda. Se trabó de nuevo este armatoste. Estoy cansado de pedir que revisen esa falla del sistema. Son sesenta años funcionando, no se le puede pedir más. El día que se trabe con un claustrofóbico no sé qué será de mí.

CLAUDIA. No puedo decir que esté acostumbrada al encierro. Es algo a lo que nunca voy acostumbrarme.

¡Deje de pulsar tanto ese botón! ¡Va a estropear al elevador completo!

ASCENSORISTA. Dice eso porque no sabe la cantidad de veces que se bloquea al mes.

CLAUDIA. Mejor esperar a que vengan en nuestra ayuda.

ASCENSORISTA. En fin, esperemos. ¿Qué más registra en su diario además de las estafas y los continuos desplazamientos humanos?

CLAUDIA. Los comercios nuevos, los derrumbes de edificios, la pérdida de peso del pan nuestro de cada día, los ciclos en que demora en aparecer los huevos, la fuga del detergente, el asomo de la papa. En fin, cualquier novedad.

ASCENSORISTA. ¡Entonces está enterada!

CLAUDIA. ¿De qué?

ASCENSORISTA. Unos cuantos también se la tienen jurada a ese inválido hace pe que cuida.

DIONISIO. Estoy entero, aunque esté afásico. Allá quien lo dude. Todo me funciona, menos la voz. Quiero ver las tiñosas que van a intimidarme.

ENCAPUCHADO. A mí que me ponga a prueba el Alto Mando. No he perdido el olfato ni el ojo clínico para detectar escaras donde otros ven simples salpullidos. ¿Y

tú?

ENCAPUCHADA. Desde esta oscuridad lo puedo todo. Incluso ver una melena, escuchar rezos y lamentaciones.

VOZ DEL HIJO. En la mendicidad de contemplarlo todo desde una pecera, y así esquivar los ojos al peligro que no ha empezado a serlo, empezó nuestro cautiverio. No hubo cacería. Al nacer ya éramos cazados, como mariposas nocturnas cegadas por el resplandor de un dios mediodía.

ASISTENTA. Yo, la hija sifilítica del boticario y la modista, solitarios forasteros que donaron su fortuna por el gran sueño de la independencia, desperté un día sin padres, y otro día violada, y otro día con mi hijo pateando en la barriga.

DIONISIO. Estoy rodeado de idiotas, empezando por mi hija. Se lo advertí, el manicomio será más tranquilo, nadie me reconocerá. No me hizo caso. Puedo fingirme loco, tullido, cualquier cosa. De ellos, de su miedo, lo aprendí todo. Asustarme a mí unos mierdas en pañales, unos destetados sin memoria. A mí que me apodaron El Cacique, imaginen por qué. Y también El Suda, por estas manos de mierda que no dejan de sudarme.

CLAUDIA. ¿Qué quiere decir? No le entiendo.

ASCENSORISTA. ¿No está al tanto de los rumores?

CLAUDIA. ¿Rumores? ¿Sobre qué?

ASCENSORISTA. Los secuestros. Su postrado podría ser el próximo. Guerra avisada no mata soldados.

CLAUDIA. ¿Secuestros?

ASISTENTA. Cuando los dolores del parto rompieron la fuente, yo, la parturienta del cabello azabache y ojos peligrosamente claros, recortaba del diario la puesta en escena de *La noche de los asesinos*. Esto lo supe después, mucho después del desmayo: el padre deliraba en la cantina, el hijo demoraba el llanto, y la comadrona entre rezos lo santiguaba. ¡Qué noche larga! Aún la arrastro conmigo.

ENCAPUCHADO. Sí, era de noche. Y ni esta estrella en el cielo. De la luna no me acuerdo. Fumaba. Es decir, me relajaba de la entrevista y el entrevistador, de sentirme aún acorralado en el set de televisión. Pisoteaba el cigarro sobre el pavimento, irritado porque el chofer no aparecía con el carro, cuando alguien me tocó por el hombro. Al virarme, preguntó, ¿se acuerda de Marcos León? ¿De quién dice? De Marcos León, mi padre. Y me pareció ver un amago de mano y sentí un sople de aire encima rozando mi cara, luego una

explosión, una lluvia de ruidos dentro de mi cabeza y un fuerte ardor en la cara, como si la hubieran golpeado con un tablón. Y perdí el sentido. Nada de en cámara lenta. Todo se oscureció de golpe. Hasta que recuperé el sentido. ¿Cómo voy a saber dónde estoy, Mirta?

ASCENSORISTA. Ya lo sabe. Vigile al suyo. Esos dos vejstorios tienen más de setenta años.

ENCAPUCHADA. A mí me cogieron mansita. Todo sucedió muy deprisa, sacaba al perro a cagar, a eso de las diez de la noche, y el chucho halando la correa, olisqueando la hierbita del césped y orines de otros perros y yo gritando, a que te subo, caga de una puta vez. Di un tirón a la correa, de pronto un joven se acercó y el chucho, sato al cuadrado, dando lengua a la mano y el joven acariciándole el hocico, jugando con la lengua. ¿Le asienta el aire fresco de la noche, profesora? Fue así, me agarraron totalmente desprevenida, confiada, qué tonta fui al pensar: en una zona residencial, tan segura, no vendrán a buscarme, no se atreverán, y ya ve. ¿Quién es usted?, le pregunté al muchacho, es muy joven para haberle dado clases, ¿cómo sabe que soy profesora? Y entonces alguien me haló por el cabello como si fuera una yegua. Del tiro me arrancaron dos mechones de pelo. Qué ilusa fui. Nunca debí ir a ese programa de

televisión. Debí inventar cualquier cosa. Una indigestión, un dolor de muelas.

VOZ DEL HIJO. La orden sumaria de atravesar el portón de hierro, enmascararse con la niebla y dar comienzo al ritual de la cacería, fue un presagio anunciado en un telegrama. De cargar, atribulado o no, un cruce de sangre mesiánica o el don siniestro de una cartomántica, hubiera entendido las señales, el reventar de poros húmedos inundando las líneas de mis manos, pero crecí heredero de otras hazañas.

CLAUDIA. Pero... ¿qué hicieron esos dos abuelitos? ¿Robaron, mataron?

ASCENSORISTA. Primero, son cirujanos y especialistas en medicina general. Segundo, no eran tan abuelitos cuando ejercían la profesión. Tercero, no usaban anestesia para operar. Cuarto, deben acordarse de todo. Y quinto, diagnosticaron a miles y miles de enfermos. Una cifra calculable, pero igual da miedo.

CLAUDIA. ¿Cuántos dijo? ¿Tan inflado es el número?

ASCENSORISTA. Y ahí no están quienes lograron escapar y esconderse con su salud deteriorada.

CLAUDIA. ¡Pero si en esta ciudad no existía ni el catarro!

ASISTENTA. Mi hijo no es un ladrón, ni un atormentado, ni un profeta, ¿por qué entonces desterrármelo? Tuvo asma en mi barriga, por los golpes a puño cerrado que su padre me daba en la cabeza. Y también cólicos, al principio, cuando su padre torcía mis pezones con sus manos sucias y tiznadas y gritaba: no sueltes leche sino sangre, puta.

49. Mi telegrama decía escueto, pero intimidante, preséntese con urgencia, prohibido faltar a la cita. Y el encuentro, aún no lo sabía, era para ser diagnosticado.

DIONISIO. Los autistas, los asmáticos, los famélicos. Los afligidos de papera y hemorroides, a esa barraca.

58. ¿Adónde nos llevan?

ENCAPUCHADO. Los cancerosos, los que tiene por ofrenda catarata, a esta caseta.

61. ¿Adónde nos llevan?

ENCAPUCHADA. Los aquejados de conjuntivitis, los genuflexos, los temerarios de un solo pulmón, quietos aquí.

92. ¿Adónde nos llevan?

DIONISIO. Los leprosos, los cardiópatas, los sifilíticos, no respiren sin previo aviso.

49. ¿Adónde nos llevan?

61. El silencio era solitario y vergonzante.

92. Los reflectores humedecían la luz.

58. Y la lluvia supuraba la acidez tierna de las lágrimas.

49. Y tuvimos que olvidarnos del cabello.

61. Y ya el frío mordía en las rodillas.

92. Y un susto metálico sujetaba las manos.

58. Y en la frente algo cortante y feroz sangraba.

49. ¿Adónde nos llevan?

ENCAPUCHADA. Ya lo sabrán, creemos que a un balneario.

CLAUDIA. Dios, María y José. ¿Y qué hicieron esos miles de pacientes?

ASCENSORISTA. ¿De veras quiere saberlo?

CLAUDIA. Sí, por Dios. ¿Qué hicieron esos ciegos pájaros errantes?

ASCENSORISTA. Se negaron a una operación estética.

CLAUDIA. ¿Eso fue todo?

ASISTENTA. ¿Quiere más, Dionisio? Bueno, así está bien. Mírate en el espejo. Ahora abre las patas, ¡ábre las, cabrón! Así. Ya tienes las compresas. Ahora voy a subir el zíper y colocarte el cinto.

CLAUDIA. Pensé en un tremendismo mayor.

ASCENSORISTA. Pues no es ninguna bobería negarse a rejuvenecer.

CLAUDIA. Yo no estoy muy feliz de mis arrugas, pero me aterrorizan esos piquetitos detrás de las orejas. Además, la cara queda tan estirada que lo primero que uno pierde es la risa espontánea. Mire a Josefina, la manicure, perdió el nombre y ahora le dicen Fantomas. Dios me libre de un apodo así.

ASCENSORISTA. Los hay peores. El Rengo, por ejemplo.

CLAUDIA. ¿Y qué hicieron a esos alicaídos que se negaron a operarse?

ASCENSORISTA. Deportarlos lejos de aquí. Concentrarlos en una granja.

CLAUDIA. ¿En una granja?

ASCENSORISTA. De castigo. A mirarse todos los días en un espejo.

CLAUDIA. ¿Y resultó? ¿Se decidieron por la intervención quirúrgica?

ASCENSORISTA. Algunos se operaron, otros murieron en el intento.

CLAUDIA. Dios mío, no puede ser lo que estoy pensando.

ASCENSORISTA. ¿En qué piensa?

CLAUDIA. Yo me entiendo. Hablaba conmigo.

ASCENSORISTA. Usted sabrá.

ASISTENTA. Mi hijo no es un practicante, ni un ratero, ni un jugador de juegos de azar. ¿Por qué ese uniformado serio aquí en casa ordenándome silencio? ¿Por qué el cepillo de dientes, sal ya, nada de despedidas, entra en la furgoneta?

CLAUDIA. Si mañana me obligaran a operarme no sé qué sería de mí. Decir no, no quiero, y que me pongan un espejo enfrente los cirujanos y repitan día a día: debe operarse señora, no queremos personas viejas. Por suerte eso pasó hace mucho tiempo, ¿no? Las operaciones hoy en día son voluntarias. No sé por qué me pasó por la cabeza que hoy o mañana podrían obligarme a rejuvenecer.

ASCENSORISTA. Suerte la suya. Se ve una mujer saludable.

CLAUDIA. Lo soy. Gracias a Dios.

ASISTENTA. Mi hijo fue, es cierto, sietemesinos. Pero ya es un adolescente sano. El uniformado me observa con curiosidad y pienso: me gritará quítese el vestido, enseñe los pechos. La mano torpe hurgará el mis pezones buscando sangre y no leche, pero solo me mira con asco y no me dice puta, sino malagradecida.

CLAUDIA. Un día voy a morir, ¡y me quedaré sin saber tantas cosas!

VOZ DEL HIJO. Lo terrible puede ser lo cercano a la memoria: el registro de la desfloración primera, el beso-imán-carne, ser parte de la caravana de los cuerpos hundidos.

ASCENSORISTA. Al fin se decidieron a linchar a esos dos guiñapos. Ya era hora. Y pronto lincharan al suyo.

DIONISIO. Aunque intenten humillarme no van a lograrlo. Seguiré siendo macho, varón, masculino. No temo a los afeites. Venir asustarme a mí un puto maquillaje. Por dentro sigo siendo el mismo toro. Y si no que me abra la portañuela esta insípida asistente. La invito a tener ese gesto y ya veré su cara de sorpresa.

CLAUDIA. ¿Lincharlos dijo?

ASCENSORISTA. Al menos están desaparecidos y por aparecer. Imagino que lo estarán torturando.

DIONISIO. Una enfermera ordinaria y su ayudante estúpida. Eso me dejó en herencia la otra estúpida de mi hija.

ENCAPUCHADA. Nos trajeron a una carpintería. No hay dudas.

ENCAPUCHADO. Al principio pensé: nos tienen en un aserradero. Se olfatear la madera desnuda a

kilómetros de distancia.

ENCAPUCHADA. Esta humedad cavernaria me produce ahogos.

ENCAPUCHADO. Yo en cualquier momento empiezo a toser. Y de ahí a que me cague en los pantalones no hay nada.

ENCAPUCHADA. También me estoy asando del calor.

DIONISIO. Una atormentándome con ese diario lleno de sandeces, la otra dibujándome coloretos, llenándome de algodón. Idiotas.

ENCAPUCHADA. ¿Cuántos clavos clavarán hoy?

ENCAPUCHADO. No sé.

ENCAPUCHADA. Ya perdí la cuenta.

ENCAPUCHADO. Todavía tengo la cara inflamada del gaznatón, y eso que fue ayer.

CLAUDIA. ¿Torturando, aquí?

ASCENSORISTA. Sí, aquí. Muy cerca de nosotros. Ahí tiene material nuevo para su diario.

CLAUDIA. Estoy boquiabierta.

ASCENSORISTA. Lo sé. La estoy viendo.

CLAUDIA. ¡Al fin revivió este tareco! Ay, qué bache en el estómago.

ASCENSORISTA. No abrigue muchas ilusiones, no será por mucho tiempo. En cualquier momento se jode

este ascensor y de manera definitiva.

CLAUDIA. Ya me tenía preocupada la espera.

DIONISIO. Mi ejemplo sobrevivirá a mi muerte.

Puedo presentirlo.

ENCAPUCHADA. La oscuridad me aterra.

ENCAPUCHADO. A mí me produce ahogos.

ENCAPUCHADA. En cualquier momento suelto un chorro de orine. Si eso pasara, no piense en incontinencia urinaria. Piense en el miedo que tengo.

CLAUDIA. Tengo que estar ciega para no ver nada.

ASCENSORISTA. ¿No ve la televisión? El otro día salieron los dos en ese programita como si nada. Yo creo que los estaban esperando afuera, a que salieran, para secuéstroslos. Ya lo sabe. Se la están cobrando. Y caro.

CLAUDIA. ¿Quiénes?

ASCENSORISTA. ¿De veras no sabe nada? Bueno, esa cara de curiosidad lo dice todo.

CLAUDIA. Me estoy enterando por usted.

ASCENSORISTA. Qué raro, su hijo...

CLAUDIA. ¿Mi hijo, qué?

ASCENSORISTA. Nada, nada. No se sobresalte así.

CLAUDIA. Termine. ¿Mi hijo, qué?

ASCENSORISTA. Él es... joven. Solo eso.

CLAUDIA. ¿Y qué?

ASCENSORISTA. No se altere. Estamos hablando de la juventud, que es decidida. Nada más. Ellos son los entusiastas. El porvenir.

CLAUDIA. Javier ya no es tan joven. Tiene veintinueve años.

ASCENSORISTA. Una edad incendiaria, ¿no cree?

CLAUDIA. No sé a dónde quiere llegar. Abra la puerta, por favor. Ya llegamos.

ASCENSORISTA. Quizá nos veamos más tarde. Digo, si la invitación sigue en pie.

CLAUDIA. Al fin llegué, qué día más largo. Pero, ¿qué eso? ¡Por Dios! ¡Qué hace!

ASISTENTA. Es una broma inofensiva.

CLAUDIA. ¿Vestirlo de mujer y pintarle la boca, los ojos?

ASISTENTA. Lo hago por mi hijo. En su nombre.

CLAUDIA. ¿Por su hijo? ¿En su nombre?

VOZ DEL HIJO. Lo terrible sería dormir despierto, soñar un sueño que no acaba. Ejercicios para maldecir al insomnio: no cerrar los ojos a la ventisca, negar los salmos que anuncian la perdición, cruzar el desierto, los sueños, la nieve. Cruzar todo.

ASISTENTA. Y muy poco he hecho. Debería atreverme a más.

CLAUDIA. Deme acá esa máquina de pelar. Si no llego a tiempo lo deja al rape.

DIONISIO. ¡Idiotas, retrasadas mentales! Eso son las dos. ¡Unas locas de remate!

ASISTENTA. ¿Trajo los culeros desechables?

CLAUDIA. No hay *pampers* en ningún lado.

ASISTENTA. Lo digo por ese paquete precintado.

CLAUDIA. Ah, no. Esto es una sorpresa para el cumpleaños.

ASISTENTA. Usted sí se la gasta. Si por mí fuera le daba harina y boniato. Y ni esta gota de leche, para que cague menos.

CLAUDIA. Ni los revendedores tienen *pampers*.

ASISTENTA. Si él no se cagara tanto los ahorrara más.

CLAUDIA. ¿Qué dijo?

ASISTENTA. Eso que escuchó, le puse dos íntimas. De las buenas, de las absorbentes.

CLAUDIA. Pero si él no está sangrando.

ASISTENTA. Lo sé.

CLAUDIA. ¿Y cómo reaccionó a las almohadillas?

ASISTENTA. De maravilla. Ni una queja por ahora.

CLAUDIA. Como inventamos, nosotros, los sobrevivientes.

ASISTENTA. En otro tiempo le hubiera colocado guata de colchón.

CLAUDIA. O periódicos.

ASISTENTA. ¡Hojas de plátano!

CLAUDIA. No hay que ir tan atrás.

ASISTENTA. Lo malo de las íntimas es que no absorben la mierda.

CLAUDIA. Algo es algo. Lo importante es resolver hasta que llegue lo que no acaba de llegar.

ENCAPUCHADO. Sucederá en cualquier momento y no podré evitarlo. Qué suplicio.

ENCAPUCHADA. ¿Qué no podrá evitar?

ENCAPUCHADO. Las tripas me están sonando.

DIONISIO. Apriete bien el culo, Ávila. Ya sabe, en el Ejército no andamos con blandenguerías.

ENCAPUCHADA. Yo tengo la boca reseca.

ENCAPUCHADO. Y estos brutos no aparecen.

ENCAPUCHADA. ¡Cuánto diera por un buchito de agua! Aunque fuera agua de poceta, agua estancada.

ENCAPUCHADO. Yo usted me aguantaría las ganas de beber cualquier agua. Por los cólicos, quiero decir.

ENCAPUCHADA. Ya estoy que prefieroirme en diarreas a pasar esta tremenda sed.

ENCAPUCHADO. Por si acaso, no beberé ni comeré

nada hasta saber qué se proponen con nosotros.

ENCAPUCHADA. Hacernos recordar, eso se proponen. ¿No lo escuchó?

ENCAPUCHADO. Qué manía esa del presente de mirar constantemente al pasado.

ENCAPUCHADA. Ni que hubiera sido mejor.

ENCAPUCHADO. Bueno bueno, en cierto sentido lo fue. Y estuvimos a su altura. A la altura del pasado, quiero decir.

DIONISIO. Si no fuera por nosotros, el papiloma andaría pululando por ahí haciendo de las suyas. Por suerte lo erradicamos.

ENCAPUCHADA. Bueno, tampoco así. La verdad hay sus brotes, pero están controlados.

DIONISIO. ¿Aún hay brotes? ¿De papiloma?

ENCAPUCHADA. Sí. Y de hemorroides también.

DIONISIO. Me entero ahora mismo.

ENCAPUCHADA. ¡Con lo fácil que se detectan!

DIONISIO. ¿No son trastornos hormonales? ¿Cómo se nos fue de las manos y se reprodujeron sin que nos diéramos cuenta?

ENCAPUCHADO. Me han agarrado ya viejo, pero si Alto Mando me dijera dónde están esos brotes iría a erradicarlos. Instrumental hay, pero...

DIONISIO. ¿Qué?

ENCAPUCHADA. Controlas esas pandemias en un lugar y brotan en otro por arte de magia.

DIONISIO. Y esos brotes, ¿son en el campo o en La Capital?

ENCAPUCHADA. Le tengo una mala noticia, Ministro. Esos brotes son en el país. Están dispersos por donde quiera.

DIONISIO. Al menos esos pequeños brotes están controlados. Lo dijo. La Campaña Sanitaria puede darse en el pecho y gritar una victoria, pequeña, pero victoria al fin.

ENCAPUCHADA. ¿Dije eso? ¿Que los brotes están controlados?

DIONISIO. La escuché clarito clarito.

ENCAPUCHADA. La verdad ni sé. Es a lo que aspiramos, pero...

ENCAPUCHADO. ...quizá no sea cierto.

DIONISIO. ¿Cómo dice?

ENCAPUCHADO. Quizá no tengamos tanto control sobre esos focos de contagio. Seamos honestos con nuestras limitaciones.

DIONISIO. A ver si entiendo. ¿Nunca acabamos en verdad con esas plagas? ¿Nunca llegamos a acorralarlas

y asfixiarlas?

ENCAPUCHADA. Ministro, mejor que sepa la verdad por nosotros.

DIONISIO. ¡Qué desgaste! Qué desperdicio de energía, instrumental quirúrgico, horas de estudio y experimentos.

ENCAPUCHADA. El papiloma y las hemorroides se reproducen con una rapidez espantosa.

ENCAPUCHADO. Y no entienden del clima. En mis apuntes al Alto Mando está subrayado en rojo. Pandemia grado 5. Les da lo mismo el calor que el frío, la nieve que la humedad relativa. Por muy adversas que sean las condiciones, tienen la fortaleza para reproducirse.

DIONISIO. Me siento defraudado. No puedo decir eso a mis superiores. ¿De veras gran parte de nuestros esfuerzos fueron en vano?

ENCAPUCHADA. En cierto sentido, sí.

ENCAPUCHADO. Entiendo su desilusión, Ministro. Luchamos a brazo partido, pero nos ganaron la guerra.

DIONISIO. Resumiendo: hicimos el ridículo.

ENCAPUCHADA. ¡No!, ¡el ridículo nunca, Ministro! Hicimos lo que teníamos que hacer. Hicimos lo que nos ordenaron.

ENCAPUCHADO. Me acaba de dar un bajón. ¿Será la

azúcar que la tengo baja?

ENCAPUCHADA. Si está esperando un turrón de maní bájese de esa nube. Ni siquiera guarapo le van a traer.

ENCAPUCHADO. La verdad no espero nada bueno de ellos. Esa furia con la que me soplaron el gaznatón lo dice todo. Tengo afectado el oído.

VOZ DEL HIJO. Ahora que la aguja hinca una vena azul desorbitada, y el vidrio transparente de la jeringuilla comprime el sedante, destellos de un paisaje raro invitan a demorarme en senderos donde oscurece de súbito un relámpago de estrellas por arte de magia.

ENCAPUCHADA. En otro momento lo llevaría al policlínico. Pero ya ve, también estoy maniatada y encapuchada.

ENCAPUCHADO. ¿Qué dijo?

ASISTENTA. ¿Que cómo le fue en el hospital con su tía?

CLAUDIA. Deprimente. Las quejas de los pacientes, las sábanas percutidas, el inodoro roto, charcos de agua sucia en el piso, esos balones de oxígeno sin oxígeno, la comida un sancocho. ¿Mi hijo le pagó?

ASISTENTA. Dice que es cosa suya, que lo de él es pintar. Pero se pasó la mañana martillando. Tengo la

migraña en su punto por su claveteo y estoy cansada de medicarme. Por suerte Javier se fue de compras. Voy a la cocina a preparar la pasta para los bocaditos. Ya la ensalada está en el refrigerador.

CLAUDIA. De nuevo en casa. Qué oxigenante volver a los pequeños recuerdos.

DIONISIO. Con tantas personas disponibles y venir mi hija a elegirte precisamente a ti para que me cuidaras.

CLAUDIA. Algún día hablarás, lo sé. Es cuestión de paciencia y perseverancia. Y me contarás la historia completa. Sí, de cómo llegaste aquí. Tú y tu sombra.

DIONISIO. Ya vas a atormentarme de nuevo con ese diario mierdero.

CLAUDIA. En fin, nuevamente solos. Tú y yo. *¿Comenzamos? He llegado hasta donde me era posible. Miro hacia adelante y veo oscuridad. La Nada. Me es imposible continuar atravesando este túnel donde la luz, el futuro parpadeo de una luz, es una ilusión óptica.* Esto fue lo último que escribió mi padre en su diario antes de anudarse una soga en el cuello y abandonarse al vacío.

ENCAPUCHADA. ¿Quién dice que fuimos demasiado lejos? Deme nombres, apellidos, domicilio. Eso lo dije al periodista.

ENCAPUCHADO. Ese es otro ignorante. Dudo que vuelva a salir al aire. Ya ese programa de televisión debe estar cancelado.

ENCAPUCHADA. El Alto Mando debe estar preguntándose dónde estamos.

DIONISIO. En el infierno, ahí debe estar su padre. Asándose del calor.

CLAUDIA. Mi padre inaugurando su diario: *Ha nacido Claudia y con ella este diario. Acabo de regresar. Es de noche. He celebrado este acontecimiento con mis amigos. Cuando Claudia cumpla los quince le regalaré este diario, así sabrá los detalles de una felicidad que no sospecha. Una felicidad que ha desbordado a las demás con solo asomarse a la vida.*

DIONISIO. Y de nuevo con letanía. ¡Si con cerrar los ojos te pudiera desaparecer! Quítame estos ajustadores, idiota. Límpiame la cara. Cámbiame de ropa.

CLAUDIA. Yo inaugurando el mío cincuenta años después: *Acaban de contratar mis servicios como enfermera. Me adelantaron cien cuc. El mes siguiente recibiré otros cien por la Western Union. El pago debe cubrir la alimentación del anciano, culeros desechables (los famosos pampers) y alguna que otra eventualidad, incluyendo la emergencia de transportarlo al hospital*

ante algún mal síntoma u otra desgracia.

ENCAPUCHADO. ¿Estos brutos nos dejarán cagar al menos?

ENCAPUCHADA. Ya estoy toda orinada.

ENCAPUCHADO. No pido comida ni agua. Solo que me bajen los pantalones y me dejen cagar.

ENCAPUCHADA. Debimos salir con un *pampers* puesto.

DIONISIO. Es vez de hablar sandeces deberías quitarme estas tetas de algodón, estúpida.

CLAUDIA. Me consume el acto de recordar, pero sin él no estaría a donde estoy. Sin ese acto de recordar no sería quien soy. Claudia Almazán. La hija de un hospitalizado.

DIONISIO. Vete a la mierda, puta.

CLAUDIA. Me voy a recostar en el sofá. Me siento tan agotada.

VOZ DE MUJER. Respira despacio y estira los pies. Eso, con los ojos cerrados es más relajante.

CLAUDIA. Si pudiera escuchar su voz.

VOZ DE MUJER. ¿Qué voz?

CLAUDIA. La de mi padre.

DIONISIO. No se ahorcó, ignorante. Lo ahorcamos antes, nosotros. ¿No quería aletear como una gallina

culeca por el patio? Pues ahí tiene, moquillo. Eso le diagnosticamos.

VOZ DE MUJER. De eso quiero hablarte. Mantén los ojos cerrados. No mires a los lados, por favor. Aleja tus ojos de esos cuerpos enfermos. No te fijas en los tubos de oxígeno ni en las paredes manchadas por la humedad, te van a deprimir. ¡Como detesto los hospitales! Y la comida mejor ni hablar. En fin, seré breve. Sé que estás estresada con esa fiesta en el apartamento por la tarde noche y que debes ayudar a la asistenta. Volviendo a lo nuestro. A mí a veces también me habla. Tu padre.

CLAUDIA. ¿Mi padre? ¿Y qué te dice?

DIONISIO. Me están curando el papiloma y la varicocele. Eso dice, ¿o eres sorda, idiota?

VOZ DE HOMBRE. No abandones a Claudia. Nunca.

CLAUDIA. ¿Y qué le respondes?

VOZ DE MUJER. Claudia y yo nos vemos más de una vez a la semana, Julio. Hablamos mucho. De ti. De ella, de Javier, de mí. Hasta de Fernando. No tienes que preocuparte.

CLAUDIA. Fernando Simo.

VOZ DE MUJER. Y me ha pedido algo.

CLAUDIA. ¿Sí?

VOZ DE HOMBRE. Ya es hora de que le entregues la carpeta, Josefina.

VOZ DE MUJER. ¿Hasta tú presentes mi muerte, Julio?

VOZ DE HOMBRE. Recuerda que me llevó hace mucho. Sé bastante de ella.

VOZ DE MUJER. ¿Entonces ya es la hora?

VOZ DE HOMBRE. Sí, ha llegado el momento.

VOZ DE MUJER. Como tú digas. Mandaré a buscar a Claudia.

VOZ DE HOMBRE. Debe saber ya qué contiene esa carpeta.

VOZ DE MUJER. ¡Y cómo la ha buscado!

VOZ DE HOMBRE. Debe tener acceso ya a esas memorias de un balneario...

VOZ DE MUJER. ...sobre las tribulaciones de un enfermo.

DIONISIO. Ahí lo tiene. Una de las pocas historias clínicas que se nos fue de las manos. Quisiera echarle una ojeada. Puro sarcasmo contra las Unidades Médicas de Salvación. Puedo imaginarlo.

ENCAPUCHADO. Debimos presentir su fuga.

ASISTENTA. No estoy llorando por mi hijo, sabrá regresar del Sanatorio. Es la cebolla picada para la pasta

de bocaditos lo que me hace llorar.

ENCAPUCHADA. ¿Cuál era el cuadro clínico de ese tal Julio? ¿Paperas? ¿Otitis?

DIONISIO. Tampoco previmos la fuga de esos cuatro que se fueron él.

ENCAPUCHADA. Embusteros. Llamándose La Cofradía, ¿para qué?

ENCAPUCHADO. Para despistarnos. No hay dudas.

DIONISIO. Debimos aprovechar la gangrena y cercenarle las manos. En estos momentos no estuviéramos descifrando jeroglíficos. ¿Qué mierda es D.U.?

VOZ DE HOMBRE. Lleva tiempo atormentada con esas dos letras.

VOZ DE MUJER. Un tanto misteriosas, Julio. ¿Fue adrede?

VOZ DE HOMBRE. Precaución, Fefa.

VOZ DE MUJER. D.U. ¿Qué significan?

VOZ DE HOMBRE. Lo sabes bien. Siempre fuiste curiosa.

CLAUDIA. ¿Qué letras mencionaste?

VOZ DE MUJER. Hace rato no me decías Fefa.

CLAUDIA. ¿D.U., Josefina? ¿Dijiste D.U.?

VOZ DE MUJER. Perdona, Claudia.

CLAUDIA. Entonces... ¿Siempre has tenido esa carpeta?

VOZ DE MUJER. No, pero sabía quién la tenía.

CLAUDIA. ¿Quién?

VOZ DE MUJER. Tomasito, el amigo de tu padre.

CLAUDIA. ¿El de la Biblioteca Nacional?

DIONISIO. Ahí tiene a otro miembro de la manada, otro cegato que no supo ver los beneficios de nuestro gran esfuerzo. ¿Cómo se cura el vitiligo? Ahí voy, el vademécum es claro en el tema. Con sol y trabajo en el campo. ¿Y cuál fue el final de su tratamiento? Un rotundo fracaso: siguió con su vitiligo al aire libre. Quiero ver si el Tomasito le hace el cuento completo. Pregúntele cuántas arrobas cortó en La Granja. Una mierda, eso cortó. Con esas patitas cortas, esas manos torpes y esa nariz de elefante, eso cortó, una mierda. Tres arrobas por día. ¿Qué provecho sacó de la clínica y su tratamiento?, ¿a qué fue La Granja? Se lo puedo decir: a exhibir su vitiligo, a comer más de lo que producía, a leer y a escribir mierdas por la noche.

VOZ DE MUJER. Entre tantos libros y papeles, ¿había otro lugar mejor? A esos medicuchos degenerados jamás se les ocurriría buscar allí. En el sótano.

CLAUDIA. Entonces...

VOZ DE MUJER. ...Tomás vino ayer. Me la trajo envuelta en precinta. Tal como tu padre me pidió que se la entregara.

CLAUDIA. Pero... no entiendo, ¿por qué has esperado tanto?

VOZ DE MUJER. No quería que te metieras en problemas. Tenía... aún tengo miedo de su contenido. Si vieras como entraron esos medicuchos a casa de tu padre luego que se fugó de ese lugar. Buscaban enloquecido por toda la casa. Gritaban: “¿La historia clínica de Julio Almazán dónde está escondida?”

CLAUDIA. Necesito que me ayudes a recordar aquella noche.

VOZ DE MUJER. ¿Cuál noche?

CLAUDIA. Sabes a cuál me refiero. No es una noche cualquiera en nuestras vidas. Es La Noche.

VOZ DE MUJER. Claudia, Claudia, ¿por qué volver a esa noche amarga, interminable?

VOZ DE HOMBRE. Quién iba a pensar que después de ver *La noche de los asesinos* me enviarían a otro teatro a ver otra función.

CLAUDIA. A él y a sus amigos.

VOZ DE HOMBRE. Por ser asmáticos, autistas, diabéticos y un largo etcétera.

DIONISIO. ¿No querían vivir el teatro como un gran sueño?, ¿contagiarse de noche, incluso de día, la papera, el reuma, la artritis? Ahí tienen. Función gratuita, butacas reservadas. Aún esperamos las muestras de gratitud. Fuimos sus benefactores, los galenos de su cuerpo y su alma. Que conste.

VOZ DE MUJER. A mí no me gustó nada que se llevaran a Julio sin previo aviso.

VOZ DE HOMBRE. Los hombres del futuro deberíamos ser sanos. Nada de escaras ni apendicitis. Cero herpes. Cero cirrosis. Nada de conjuntivitis ni escoliosis. Quirúrgicamente sanos.

CLAUDIA. ¿Ni siquiera recibió algún telegrama? Digo, para asistir a la otra función.

VOZ DE HOMBRE. ¿Telegrama? Nos metieron en una furgoneta y nos llevaron para un descampado en las afueras de la ciudad. Allí, a la intemperie, nos raparon y nos dieron un número.

CLAUDIA. Ah, el número de la butaca.

VOZ DE MUJER. ¿Butaca?

49. El número mío fue el 49.

58. El mío 58.

61. El mío 61.

92. Y el mío 92.

CLAUDIA. ¿Cómo se llamaba la obra?

VOZ DE HOMBRE. *Peregrinación de los epilépticos al Valle San Juan.*

DIONISIO. Ironías, no. La obra se llamaba *La peregrinación de los tullidos al Heroico Vietnam.*

CLAUDIA. ¿Era un estreno o una reposición?

DIONISIO. 49, su papel es del hemofílico.

ENCAPUCHADO. 58, su papel es el del tuerto que sufre glaucoma.

ENCAPUCHADA. 61, el suyo el que padece cirrosis.

ENCAPUCHADO. 92, su papel es del atormentado por la pancreatitis.

DIONISIO. ¿Listos para el ensayo?

49, 58, 61, 92. ¿A dónde nos llevan?

DIONISIO. No se me pongan ansiosos, ya sabrán pronto dónde van a actuar. Tienen garantizado público selecto y taquilla abarrotada. Ya pueden empezar a suspirar por el éxito.

ASISTENTA. ¿Mi hijo Fernando Simo un impuro, un descendiente de Satán? Escuchen bien: no fue proxeneta ni pordiosero ni amante al paredón. Fue un poeta enamorado de la literatura, encandilado por las clases de un profesor de literatura. Un hombre feliz sobre la nada, eso me dijo que era. Y se lo creí. Siempre.

49, 58, 61, 92. ¿Podemos enviar a casa un telegrama anunciando el éxito de taquilla?

VOZ DE MUJER. ¿Un telegrama, del director del Sanatorio? Me enteré que estaba en La Granja por el mismo Julio. Me envió una carta.

CLAUDIA. Qué nombre más feo para un Sanatorio.

VOZ DEL HIJO. Si bastara el arcoíris flotando tras la lluvia, yo sería feliz, un mudo solitario cantando los colores al mediodía. Pero me fue dada la melancolía por esparcimiento, a mí que sufrir resulta tan fácil. Ahí vienen el doctor y sus dos enfermeros.

VOZ DE HOMBRE. Decían que nos concentraban lejos porque estábamos enfermos. La verdad fue otra. La verdad siempre es otra.

DIONISIO. La verdad es que llenamos de clínicas terapéuticas el Paraíso. Cada vez que abrían los ojos, ¿qué veían los enfermos? La luminosa mañana, ¡los colores del arcoíris cuando llovía! Que conste.

VOZ DE MUJER. Lo cazaron en una de esas redadas como si fuera un delincuente. ¿Qué culpa tenía tu padre de ser asmático?

VOZ DE HOMBRE. También tenía hemorroides, Fefa. Fernando, cáncer en la próstata y principio de glaucoma. Eso le diagnosticaron. Aquí está a mi lado. Les manda

saludos a las dos.

CLAUDIA. Pero mi padre, ¿se curó o no del asma y las hemorroides?

VOZ DE MUJER. ¿Curarse, dices? Ja. Cuando me reúna con él y lo vea, lo creo.

VOZ DE HOMBRE. Todavía padezco las dos enfermedades, hija.

CLAUDIA. La Granja como hospital, clínica, sanatorio, o lo que fuera, debió quedarse pequeña ante tantos pacientes.

VOZ DE MUJER. Quizá por eso duraron tan poco.

VOZ DE HOMBRE. Desmantelaron La Granja y los demás lazaretos por las protestas de la Cruz Roja Internacional. Acusaron a los médicos de tratar como enfermos a personas que tenían hasta catarro.

CLAUDIA. Un experimento fallido.

VOZ DE MUJER. Uno de tantos. Soy testigo de las veces que Julio intentó trabajar luego de su estadía en el Sanatorio.

VOZ DE HOMBRE. Empezaron a tratarme como un fantasma.

VOZ DE MUJER. Y volver al magisterio ¡imposible!

CLAUDIA. Con esa estancia en La Granja cero posibilidades. ¿Era literatura latinoamericana lo que

impartía mi padre?

VOZ DE MUJER. Quizás, no recuerdo. Eso sí, tenía fijación con Cortázar, Vargas Llosa. Y sobre todo con ese tal Lihn.

VOZ DE HOMBRE. Tienes una memoria, Fefa. A Enrique Lihn lo conocí en un recital de poesía en la Unión de Escritores.

CLAUDIA. ¿Lihn, el poeta chileno?

VOZ DE HOMBRE. El mismítico. “Nada es bastante real para un fantasma”, “Nunca salí del horroroso Chile. Nunca salí de nada”, “Nada se pierde con vivir, ensaya: aquí tienes un cuerpo a tu medida”, “Pero escribí y me muero por mi cuenta, porque escribí estoy vivo”. Con esos versos basta para recordarlo.

DIONISIO. Ahí tienen a otro incurable. Poeta ni poeta. Un poetucho mierdero, si acaso. ¿No me creen? Asomen los ojos a sus versitos exaltados. Incoherencias. Pura palabrería.

VOZ DE LIHN. Porque un joven y otro y otro han muerto o padecido insomnio o yerran alucinados a la deriva, pido que me demuestren, una vez más, el valor de la vida. Eso pido antes de que este cielo de octubre me haga bajar los ojos a una tierra en ruinas y el canto de los pájaros y de los niños se confundan en un mismo

y último lamento en lo alto del coro y así no padecer las flores de octubre ni los incensarios me envuelvan con su perfume húmedo y oscuro. Ninguno tenía el deseo ni la necesidad ni el deber de morir, eran como nosotros o mejor que nosotros, y sin embargo esos jóvenes, tan jóvenes como yo, y como yo dispuesto a salir adelante, pusieron fin a su vida o viven erráticos su vida atribulada sabe Dios dónde y a servicio de quién. Tres puntos suspensivos.

CLAUDIA. ¡El autor de *La pieza oscura*!

VOZ DE MUJER. Y también de *Estación de los desamparados*.

DIONISIO. Ya que quieren recordar, pues al toro por los cuernos. ¿Quieren saber de verdad quién era ese Enrique Lihn? Allá voy. Un escéptico, un deprimido y un borracho. Un furibundo tres por quilo. Eso. Con esto basta para cerrar la boca. ¿Quieren más? Le dimos trabajo, comida, alojamiento, ¿y cómo nos pagó ese testafarro? Escribiendo una obra de teatro, difamando sobre lugares sagrados, insultando la Campaña Sanitaria en la que dábamos la vida a diario tantos misioneros de la salud humana. A eso se dedicó aquí ese mamarracho, a ser portavoz de quejas sin fundamentos de esa gentuza que no entendió la Campaña de

Higienización que asumía el país. Un panfletario, un avinagrado. Eso era el tal Lihn.

VOZ DE HOMBRE. Y por si fuera poco, *Diario de la muerte*.

DIONISIO. Puedo verlo como si estuviera frente a mí, delirando por la morfina que le suministrábamos.

VOZ DE LIHN. Aquí me hallo, oxigenando mi cuerpo con la mixtura del aire, en esta pieza oscura, como si el cielorraso hubiera amenazado una lluvia sangrienta y yo me hubiera equivocado al no predecirla a tiempo y con exactitud. Con unas palabras desordenadas y asfixiándose dentro de unos papeles, así empezó a girar la vieja rueda, símbolo de la vida, y me vi montado en un avión y a la aeromoza, ¿me trae otra cerveza, por favor? y ebrio de gozo, juvenil y temerario a mis treinta y cinco años, me vi descendiendo escalerillas, pisando la pista, saboreando el aire mientras me internaba en una ciudad donde el frenesí de pancartas, la lujuria de un pueblo joven y redimido, y el hechizado malecón, daban su bienvenida al extranjero. Pero una parte de mí no había girado al compás de la rueda, a favor de la corriente. Continuaba siendo en parte ese niño que cae de rodillas dulcemente, abrumado de imposibles presagios y no ha cumplido aún toda su edad ni llegará a cumplirla de una

sola vez y para siempre. Tres puntos suspensivos.

VOZ DE MUJER. ¿No escribió también *La máquina difamatoria*?

VOZ DE HOMBRE. Qué memoria la tuya, Fefa. Entre los personajes de esa obra de teatro estaban Pablo Neruda, Jorge Teulier y Nicanor Parra. El argumento iba por el secuestro de un poeta y la búsqueda de un manuscrito que archivaba los nombres de los desaparecidos por la dictadura de Pinochet. Pero los rumores sobre La Granja motivó a Lihn reescribir la obra, cuyos personajes serían sobrevivientes del Sanatorio.

VOZ DE LIHN. Como en la noche de los Cuchillos Largos, una masacre no hace el verano de la Historia, así en mayúsculas, por favor, por más que esa noche durara tres años y las minorías salieran jodidas, como siempre: el pobre becario con glaucoma, los curas con diarreas que se negaban a cagarse en la santa religión, los desamparados alcohólicos acorralados por la cirrosis, el truhan con apendicitis acomodado en su sombra y los victimarios de amores inculpados, esos amantes con varicocele a quienes les tocó ser los judíos en el paraíso prometido, que me disculpe Sartre si lo cito mal. No me interrumpa, por favor, ya lo sé, las excepciones se

aburren de confirmar la regla y cuando menos uno lo piensa salta un cagón y se suma a los enfermarios y medicuchos de quinta categoría.

DIONISIO. Ahí tiene los delirios de ese amiguito de tu padre. ¿Qué otra cosa podía salir bajo los efectos de la morfina y el Rocefin?

VOZ DE LIHN. También las ideas fijas me hicieron leer con obscena atención a unos cuantos sicólogos, pero escribí y el crimen fue menor, lo pagué verso a verso sin importarme si era impublicable o irrepresentable, porque cada palabra se ajusta al abismo, surge un poco de oscura inteligencia y en esa luz muchos monstruos no fueron ajusticiados.

DIONISIO. Ojalá pudiera gritarlo en voz alta. Insultos, mentiras. ¡Eso escribió contra la Campaña Sanitaria! Por eso le dimos el veredicto antes de mandarlo de regreso a su país. Impublicable, no gastamos tinta y papel en difamaciones. Que conste.

VOZ DE LIHN. Porque escribí no estuve en casa del verdugo, ni acepté que los hombres fueran dioses, no me hice desear como escribiente, ni me ensució ni me lavé las manos, ni fueron vírgenes mis mejores amigas, ni tuve de amigo a un fariseo, ni a pesar de la cólera quise desbaratar al enemigo. No seré yo quien trasforme al

mundo en esta época llena de sonido y de furia sin más alternativa que el crimen o la violencia. No seré el trueno ni quien manejé el relámpago. Las profecías me asquean y no puedo decir más. No soy un hombre de fe, los mitos me abruman. Pero escribí y muero por mi cuenta. Porque escribí estoy vivo. Ya pueden encender la luz.

ENCAPUCHADA. ¡Ya están aquí!

ENCAPUCHADO. Lo siento, Ministro. Le he fallado. Ya está: me cagué en los pantalones.

DIONISIO. Ávila, el Alto Mando lo debe estar encuchando con la boca abierta. No dé más detalles. Espere a ser degradado al instante apenas salgamos de aquí.

ENCAPUCHADA. ¡Al fin se acordaron de nosotros!

ENCAPUCHADO. Para mí sigue siendo de noche con esta capucha. No veo absolutamente nada. Ayayay. ¿Por qué me golpean, salvajes?

ENCAPUCHADA. ¿No ve que estamos caminando? ¿A dónde nos llevan? Ayyyyy, ¡me han roto una costilla, brutos!

ENCAPUCHADO. Este silencio me parece sospechoso. ¿Dónde estaremos ahora?

ENCAPUCHADA. Huele a comida.

ASISTENTA. El ajo, anticancerígeno. El aceite, un

purgante. El comino, un relajante muscular. La albahaca, dice una leyenda africana que protege contra los escorpiones, ¡qué así sea! Listo el mojito. Ya las yucas están blanditas. Ahora a freír chicharrones de puerco. Hijo, ¡cómo recuerdo cuando te alimentaba!

ENCAPUCHADO. De lejos puedo distinguir el olor del comino y la albahaca como el de la diarrea y el miedo.

ENCAPUCHADA. Te aseguro que no estamos invitados a comer en un restaurante.

ENCAPUCHADO. Por cierto, estoy todo cagado en los pantalones. El último golpetazo en la cabeza me aflojó por completo el estómago.

CLAUDIA. Dios mío, me quedé dormida. Con la cantidad de cosas pendientes que hay. Y tú, pintoreteado así, pareces una marioneta.

DIONISIO. ¿De qué te ríes, idiota?

CLAUDIA. Tu hija me ha llamado muy temprano, deseaba saber cómo van los preparativos de tus 82 cumpleaños. Y me ha soltado una propuesta tentadora. Eso cree ella.

DIONISIO. ¿A dónde vas, estúpida? No me dejes así. Parezco una marimacha.

ENCAPUCHADA. Se fueron y al final ni agua ni

comida. ¡Desalmados! Y encima llamarse Los Entusiastas y no sé cuántas sandeces más.

ENCAPUCHADO. Ni siquiera me dejaron cagar. Y me escuchaste cuanto se los imploré. ¿Y qué recibí a cambio? Burlas y más golpes en la cabeza.

ENCAPUCHADA. Cuando regrese a casa, no van a reconocerme. Ni mis hijos ni mi marido. Debo haber perdido 5 kilos desde ayer.

ASISTENTA. ¡Ay, mi hijo, hospitalizado! A él que tanto le aterran los médicos, la anestesia y el olor a formol. ¿Mi hijo en un quirófano?, ¡pero si no tiene cataratas, ni fiebre! ¡El riñón, el hígado y el pulmón le funcionan! ¿Mi hijo en la sala de recuperación?, ¿ahora por gonorrea, la tiroides? No señora, se lo volvimos afásico. Con tal que no me lo traigan un Fantomas, iba a decir, pero callé. ¡Y me auscultaron! Con tal que regrese vivo, pensé decir, ¡pero me callaron!

ENCAPUCHADO. ¡A golpes! Así nos han silenciado. ¿Quién va a reconocerme así en casa, en la calle, en la oficina? Magullado como estoy me debo parecer a Fantomas.

ENCAPUCHADA. Tengo una peste a boca. Y abajo para qué hablar. Con el mismo blúmer y sin lavarme.

ENCAPUCHADO. Y yo tengo el grajo subido subido.

VOZ DE LA HIJA. Cuando él muera podrás heredar el apartamento, Claudia. Piénsalo.

CLAUDIA. ¿Escuchaste su propuesta? ¡Qué poco sabe tu hija de mi vida! Ella ni siquiera imagina que estas paredes las vieron mis ojos, las tocaron mis manos mucho antes de que vivieran ustedes en este apartamento. Ignora que en esa cama donde te acuesto para que descanses, yo, Claudia Almazán, caí más de una vez rendida de sueño. Heredar este apartamento. La pobre no sabe nada de mí.

DIONISIO. ¡No me dejes las íntimas puestas, idiota! Todo lo haces mal por culpa de tu palabrería.

VOZ DE LA HIJA. Te envié doscientos cuc. Quiero que le prepares una cena especial, que compres una cámara fotográfica, releves las fotos y me las envíes.

CLAUDIA. No pongas esa cara de susto. Relájate, no hay nada que temer. Así está mejor. No cierres los ojos. ¿Cómo voy a enviar a tu hija fotos de tu cumpleaños en la que tienes los ojos cerrados?

VOZ DE LA HIJA. Cómprale un vino Casillero del Diablo Reserva, chileno. Cabernet Sauvignon, es su preferido. Desde entonces no lo ha probado.

CLAUDIA. Desde entonces quiere decir desde que ella se fue a vivir para los Estados Unidos y no pudo

celebrarte un cumpleaños más.

DIONISIO. Debió parir un macho la otra insípida de mi esposa. En cambio, ¿qué me dio? A esa cerda que enseguida que vio el filón saltó de aquí y por eso me degradaron. Al instante.

CLAUDIA. Si ella supiera las veces que hemos celebrado no tus cumpleaños, sino mis pequeñas confesiones, el repaso minucioso de un pasado del que formas parte.

DIONISIO. Ya vienes de nuevo con esa mierda del pasado, la letanía de tu padre, de este apartamento donde viviste. Sí, ¿y qué? No puedes nada. Contra mí no puedes nada, burra.

CLAUDIA. El accidente cerebro vascular que sufriste, esa embolia, te ha afectado el habla, no la masticación ni el acto de recordar. Lo sé.

DIONISIO. No me tires más fotos, idiota. ¡Quítame las íntimas! Eso es lo que tienes que hacer y callarte.

CLAUDIA. Hoy prescindiremos del babero. Debes lucir impecable para el resto de las fotos. ¿Escupirás la comida hoy? Simulas masticar, lo sé, mientras me observas fijo con unos ojos apoderados por el pánico. Como la liebre quieta que sigue devorando una fina hoja de hierba con las orejas paradas y los ojos alertas al

mínimo rastro de peligro tras escuchar un leve sonido. ¿Acaso temes a que te envenene? Podría. Y sin dejar huellas. Soy enfermera, sé que lo tienes presente. He pensado incluso si escupir adrede los alimentos a medio masticar sobre tu pecho no será una manera de decirme que me calle ya para siempre. Pero eso no. ¡Eso nunca!

DIONISIO. Ahí llegó el otro mamarracho. Cantando esa mierda de canción.

JAVIER. Lucha tu yuca, taíno, lucha tu yuca, que el cacique delira, está que preocupa.

CLAUDIA. ¿Qué debe sentirse viviendo más de treinta años en un mismo sitio, asomándose a las mismas paredes, escudriñando en los mismos armarios, dormitando en los mismos sillones? ¡Treinta años mirándoles la cara a los mismos azulejos de la cocina y el baño!

DIONISIO. Mira que eres idiota. Sentir nostalgia por algo irrecuperable.

JAVIER. El cacique mandó contones a contar, a la tribu quiere censar, el bohío que ocupas, tú, prepárale un ritual, no vaya a ser que lo declaren ilegal.

CLAUDIA. A veces me siento una prostituta que acepta dinero para mantener a los dos. Sin embargo, no me da asco cambiarte los culeros, curarte las escaras.

JAVIER. ¡Pura, qué hay! ¿Y esa cara?

CLAUDIA. Estoy cansada de decírtelo. Soy tu madre, no tu pura. ¿Y esa cantidad de alcohol? Habla, no te hagas el misterioso.

JAVIER. Nunca se sabe, Mima. Ummm, vestido así de etiqueta el hombre parece, no sé, ¿un empresario?, ¿un alto funcionario de embajada? ¿Qué tal de cumple, abuelito?

CLAUDIA. No es tu abuelo, Javier. Lo sabes bien.

JAVIER. No te irrites, era una broma.

CLAUDIA. ¿Cómo te fue en el Instituto de Arte?

JAVIER. No aprobaron mi propuesta. Les asusta mi decir.

CLAUDIA. A mí también. No pongas esa cara de sorpresa, es lo que pienso.

JAVIER. Guaaaa. Nunca me lo habías dicho.

CLAUDIA. Esos peces gordos, llenos de arponazos, manando sangre y boqueando la muerte dentro de un ataúd. ¿Por qué esa predilección por la muerte, ese derramamiento de sangre? No me asombraría que nunca te dejen exponer aquí.

JAVIER. Tampoco yo sería el primer sorprendido.

CLAUDIA. ¿Qué dijeron cuando llevaste tus portadas a la revista?

ENCAPUCHADO. Hay que ser hijo de alguien. ¿Vienes recomendado? Eso le dije. De lejos se le veía la pinta de embaucador, de pintor de brocha gorda. ¡Venir de camuflaje conmigo!

JAVIER. He ahí mi ángel, no vengo recomendado.

ENCAPUCHADO. ¿Acaso está enfermo? ¿No será la artritis que lo hace dibujar así?

ENCAPUCHADA. A lo mejor tiene catarata y no lo sabe.

ENCAPUCHADO. Eso también le dije.

CLAUDIA. Y cuando llevaste la serie de los billetes a la directora de la galería, ¿qué te dijo?

ENCAPUCHADA. ¿Se da cuenta de su propuesta? ¡Sus lienzos son incolgables, aunque venga graduado de una academia de Arte!

ENCAPUCHADO. Cuando me mostraste los lienzos no tuve ni que colocarme los espejuelos. Venir a llamar arte a eso. ¡Desacreditar la imagen de un símbolo latinoamericano!

ENCAPUCHADA. Con razón hay algo podrido en esta sociedad. La respuesta del Alto Mando fue clara. Por su perspicacia y su celo constante está propuesta para Vanguardia Nacional. Ya puede ir preparando a la familia. Le comunicaré enseguida cuando esté

disponible la Casa de Veraniego.

JAVIER. ¿Yo, Mancillar a un ídolo? No entiendo.

ENCAPUCHADA. ¿Qué no entiende? ¿Por qué no está en una clínica de rehabilitación?

CLAUDIA. Colocando tu cara en el billete de tres pesos como si fueras el Che.

JAVIER. ¡Pero si soy idéntico a él!

CLAUDIA. Es verdad que te pareces al Che, ¡pero no eres el Che! ¿Qué te dijeron?

JAVIER. Que si tenía cataratas.

CLAUDIA. Me basta. Espero que hayas terminado de clavetear la madera para los bastidores de tus cuadros.

JAVIER. Tranquila, ya terminé.

CLAUDIA. La asistenta está con migraña por tu culpa. De milagro ha podido concentrarse en la ensalada y la pasta de bocaditos.

JAVIER. ¡Pero si solo fueron unos martillazos!

CLAUDIA. Javier. Mírame que te estoy hablando, no te hagas el desentendido. Así me gusta. Ahora escucha bien: no son uno ni dos, sino varios, los vecinos que se han quejado del martilleo. El de arriba me preguntó si había montado aquí en el apartamento una carpintería.

JAVIER. Por eso no soporto vivir en edificios. Si

quedara una cueva aquí en la ciudad, en ella sobreviviría.

CLAUDIA. No tienes que recordármelo. Sé que serías feliz en taparrabos, pasándote el día entero pintando jeroglíficos en las paredes, comiendo carne asada y fumándote esos canutos alucinantes en compañía de tus amiguitos.

JAVIER. Si me pierdo búsqúenme en la Osa Menor.

CLAUDIA. ¿Ves lo que digo?

JAVIER. A veces... Tengo ganas de estar muerto.

CLAUDIA. ¿Muerto, dices? ¿Y esa estupidez a qué viene, Javier?

JAVIER. Sí, muerto. Y sentir bajo la tierra húmeda que me crece una flor rompiéndome el pecho.

CLAUDIA. ¿Una flor... y rompiéndote el pecho?

JAVIER. Sí, una flor y decir: es para usted, Nicolás.

CLAUDIA. Si vuelves a decir otra barbaridad como esa te llevo al médico.

JAVIER. No te exaltes. Mima.

CLAUDIA. Voy a la cocina para ver si todo está listo. Los invitados están al llegar.

JAVIER. Ahí está el primero. Voy a abrir la puerta. Guoooo, ¡qué sorpresa! No sabía que el viejo tuviera tantos aliados.

92. ¿Aliados? Por el contrario, somos La Cofradía.

58. Si me lo permite, tengo el honor de conocer de vista a ese hombre que mueve las manos involuntariamente.

JAVIER. ¿La Cofradía?

ENRIQUE. Es Marcos León, mi padre.

CLAUDIA. Ya estoy aquí. Pondré en la mesa esta bandeja de tostadas con pasta de bocaditos. También ensalada de macarrones.

MARCOS. Buenas tardes, señora Claudia.

CLAUDIA. ¡Qué susto! No sabía que estabas aquí.

49. Ya usted ve. La Cofradía es eso, los enemigos declarados del cumpleaños. ¡El doctor Dionisio Beltrán! ¡Y también de los otros dos! ¿Dónde están?

MARCOS. Javier quiso mantenerlo en secreto. Como una sorpresa.

61. Si no le importa dejarnos entrar. Venimos por invitación de su madre.

CLAUDIA. ¡También tú estabas en el cuarto, Enrique!

JAVIER. Por supuesto. Claro que pueden entrar. ¿Le molesta si lo digo teatralmente? Aquí recibimos siempre con los brazos abiertos a los islados en Islandia.

DIONISIO. Islados en Islandia, ¿no? Siempre la

susplicacia, la ironía. Se salva que me agarró viejo y postrado, sino ya lo tendría internado en La Granja.

JAVIER. Enrique.

ENRIQUE. Dime, herma.

JAVIER. Ve al cuarto y trae el regalo de Dionisio.

CLAUDIA. Viñas, Vladimir, Miguel, Luis, pónganse cómodos en el sofá. Javier, ¿puedes traerles algo de beber? Voy a buscar la cámara fotográfica.

JAVIER. ¿Y ese grito, Mima?

CLAUDIA. ¡Qué susto, por Dios! ¿Quiénes son los encapuchados, Javier?

VOZ DEL HIJO. Atrás quedan el ojo del traidor que me guió a la traición, la madre sepultada en el silencio de las lágrimas y el padre desertor del hijo, mejor dejarlo donde está.

ENRIQUE. Aquí hay una silla para cada uno, al lado del pordiosero este de Dionisio. ¡Siéntense!, ¿o están sordo?

JAVIER. Esto no es un Bulgary. Esto no es un sueño. No es un mural. No es una pipa. No es un cocuyo. No es una carta, ni un poema ni un himno.

ENRIQUE. Es lo que parece, señora Claudia. Un secuestro.

JAVIER. Esta primera ronda de tragos es para que

se calienten y pierdan un poco la timidez. La segunda, ya saben, se acercan a la mesa y se sirven lo que quieran.

61. ¿Este vaso tiene ron y refresco? Me quedo con él entonces. Los encapuchados querrán celebrar también la vida del burócrata.

JAVIER. Es cierto.

ENCAPUCHADO. ¡Al fin sin capucha!

ENRIQUE. ¿Qué deseas, perro? ¿Nada?

ENCAPUCHADA. ¡Pensé que no volvería a ver la luz! Empezaba a olvidar los objetos, las caras.

ENRIQUE. Y a ti, perra, ¿qué se te ofrece?

CLAUDIA. ¡Pero si es una mujer, por Dios! Una anciana. ¡Y pelada al rape!

ENRIQUE. Pa, siéntate aquí, en esta silla, frente a los encapuchados. Le debes ese maldito Parkinson que sufres.

CLAUDIA. ¡Pero qué peste a orine tiene, Javier! ¿No pudiste ni siquiera bañarla?

MARCOS. Apenas puedo sostener el vaso para beber el jugo.

CLAUDIA. ¿Y este quién es? Qué peste a mierda tiene. ¡Por Dios! Pero... ¡Si está cagado!

JAVIER. Le pregunté a Dionisio dónde guardas sus *pampers*, y como siempre no habló.

CLAUDIA. Voy abrir las ventanas. Esta sala tiene que ventilarse un poco.

ENRIQUE. A ver, perros. Comiencen a ladrar.

JAVIER. Queremos la confesión.

CLAUDIA. ¿Cuál confesión?

ENRIQUE. Después sabremos qué haremos con ella.

ENCAPUCHADO. Serán testarudos los rapiñas estos. ¡Rememorar algo que pasó hace tanto tiempo!

ENCAPUCHADA. Para eso debe servir la memoria. Para fijar el rencor, el odio.

ENCAPUCHADO. ¿Pero qué edad tendrán este Javier y este Enrique? ¿Veinticinco, treinta años? Por más que busco en mis recuerdos, no logro relacionarlos con esos muchachos de antes.

ASISTENTA. Allí en mi casa estuvo, frente a mí, unos de los fugitivos que llamaron desertor. Los brazos le colgaban algo inútiles y el ojo izquierdo parpadeaba un tic nervioso mientras observaba el pan con tortilla y el jugo de tamarindo sobre la mesa. Quiero hablar en mis pesadillas pero no puedo, me dice. Quiero alzar la voz y la lengua quieta, inmóvil, repite. Aliméntese, se sentirá mejor, ya me contará de mi hijo luego. No puedo masticar, señora, la voz me retumba y retumba en la

cabeza. ¿Qué voz, muchacho? Fernando Simo, su hijo, gritando: no me peguen más, degenerados, tengo glaucoma pero me parió una mujer igual que a ustedes.

ENCAPUCHADA. Aún son unos vejigos y ya viven atormentados por ofensas que heredaron.

DIONISIO. Uno puede ver en sus ojos enardecidos la infundada venganza. Solo hay que mirarlos de frente para ver lo que sienten: ser los nuevos celadores de la memoria histórica. Hablan de la memoria como si estuvieran por encima de ella. Ya empezó esta idiota a sacar fotos.

CLAUDIA. Están quedando preciosas. A ver, una con los pacientes del Sanatorio. Vengan, los cuatro. Listo. Muchas gracias.

JAVIER. Mima, ponte al lado del cumpleaños para sacarte una foto con él.

CLAUDIA. ¡Nunca! ¡Jamás de los jamases!

ENRIQUE. ¿Sabe quién es esta perra rapada, señora Claudia?

ENCAPUCHADA. Ayyy, suéltame la oreja. Me haces daño, bruto.

ENRIQUE. Gruñe tu nombre, ¡escúpelos bien alto, perra!

ENCAPUCHADA. Mirta Rubalcava. ¡Suéltame la

oreja! Ayyy, me la vas a desprender, animal.

ENRIQUE. ¿No tienes nada que decirle a la señora Claudia?

CLAUDIA. ¿A mí?

ENRIQUE. Cuéntale por qué Julio Almazán, su padre, no pudo terminar el semestre en la Universidad donde impartía clases.

ENCAPUCHADA. Ayyy, ¡no me golpees en la cabeza! ¡Bruto! ¡Degenerado!

ENRIQUE. Dile por qué Julio Almazán tuvo que renunciar al magisterio.

ENCAPUCHADA. Por tener siempre el papiloma afuera. Por eso.

ENRIQUE. Toma.

ENCAPUCHADO. ¿Pero no ve acaso que es una mujer? ¿Tan ciego está este aura?

ENCAPUCHADA. Ayyy, qué galletazo en la cara. Qué ardor.

ENRIQUE. Habla, yegua vieja.

ENCAPUCHADA. Quizás era gonorrea, no recuerdo bien. En todo caso era una enfermedad contagiosa. Uno de los primeros contagiados fue el alumno Fernando Simo.

CLAUDIA. Hable sin tantos murmullos. No se le

entiende nada.

ENCAPUCHADA. No podíamos permitir que contagiara a los demás con sus aberraciones.

CLAUDIA. ¿Dijo aberraciones?

ENRIQUE. Solo escuché un murmullo. Toma, yegua vieja.

ENCAPUCHADA. Ayyy, bestia. Veo borroso de este ojo.

ENRIQUE. Habla alto. No se escucha nada.

JAVIER. Paciencia, Mima. En cualquier momento empieza a cantar.

CLAUDIA. Tu abuelo fue un hombre excepcional, Javier. Diga lo que diga esta anciana, Julio Almazán fue un hombre excepcional.

JAVIER. Lo sé, pero esta enfermera de pacotilla le hizo la vida mierda.

CLAUDIA. En todo caso no fue la única.

ENRIQUE. Eso también lo sabemos, señora Claudia.

JAVIER. No te cubras la cara, puerca. Enrique prometió no pegarte más. Por ahora.

92. A su salud, Mirta, voy a beberme un trago.

ENCAPUCHADO. No vivieron nada estos trogloditas. En esos años estaban, cuando más, en la barriga de sus madres. O en pañales.

ENCAPUCHADA. Si nos hubiéramos quedado en casa tranquilos nada de esto hubiera pasado.

ENCAPUCHADO. Aparecimos en ese programa de televisión porque nos lo pidieron del Alto Mando. No salió de nosotros la iniciativa, que quede claro.

ENCAPUCHADA. Demasiado vieja estoy para venir ahora con arrepentimiento y lamentaciones.

ENCAPUCHADO. Al presentador se lo dejé claro desde el principio, antes de entrar al set. No vengo a confesar nada, ¿de acuerdo? Tampoco vengo a pedir perdón ni a decir que estábamos equivocados, así que nada de preguntitas raras. Si me huelo una encerrona no respondo de mí. La Granja fue necesaria. Si ahora mismo me dieran la responsabilidad de dirigir uno de los departamentos de Salud Higiénica daría el paso al frente. Era una pandemia lo que le venía encima al país. ¿Uno de los diagnósticos? Hemorroides. ¿Quiere otro? Otitis. ¿Otro más? Incontinencia urinaria. ¿No es suficiente? Allá va. Reuma. Tiroides. Escara. Bulimia. Neuritis. Esos quistes había que extirparlos, ¿entiende ahora? Sí, teníamos varios quirófanos. Listo para operar en grupo si era necesario. ¿Qué si usábamos analgésicos? ¿Usted está con nosotros o con los enfermos? ¿Cuánto tiempo lleva trabajando en la

televisión? No me asombra si este programa es la última vez que sale al aire. Deberíamos operar allí donde avanzaba el tumor. Nada de ramificaciones. Cortar el cuerpo por lo sano. Amputábamos y cauterizábamos sin anestesia, hasta aquí llega mi respuesta. No suelte otra pregunta rara. Y prepárese a responder al Alto Mando, lo deben estar escuchando boquiabiertos.

ASISTENTA. Salí del cementerio cuando las cornetas empezaron a sonar. Quería ser parte de la comitiva que daba la bienvenida a los conversos, a los infelices operados del corazón, de la vista y tantas partes saludables del cuerpo. Y caminaban encorvados, ¿pero contentos? Y en sus ojos había alegría, ¿pero de qué lloraban? Y su voz se escuchaba clara, ¿pero de qué hablaban? Por más que presté atención, nada entendía.

DIONISIO. Mi conciencia, al menos la mía, está limpia. No tiene nada que reprocharse. Si naciera de nuevo elegiría ser médico y burócrata. La misma cosa. Que conste.

ENCAPUCHADO. Y ahora esta banda de buitres recién emplumados se lanza sobre nosotros.

DIONISIO. Los consume, como a esta enfermera ordinaria y su ayudante, el acto de recordar. Y los demás tontos no se quedan atrás. Ahí tiene a ese guiñapo

preparándose un trago.

49. ¡A su salud, doctor! ¡Ministro!

DIONISIO. Siempre con la ironía los auras estos.

49. Recuerdo esa noche como si fuera hoy, ¿qué le parece?

92. Salíamos del teatro Hubert de Blanck, animados, comentando *La noche de los asesinos*.

VOZ DEL HIJO. Porque asistí al demencial fulgor, a eso que llamaron la falsa magia del último relámpago, puedo nombrar la noche, su hechizo brutal y redundante.

58. Viñas, el Vlado, el Migue, Fernando y su padre, Claudia, decidimos pasar un rato en el parque Villalón.

CLAUDIA. Ah, la noche. La misma que una y otra vez resucita y no deja instaurar el olvido. Voy a prepararme un trago también.

ENRIQUE. Javier, estos perros se han puesto de acuerdo. Han decidido hacer silencio. Con el deseo que tengo de que vomiten su pasado.

JAVIER. Tranquilo, van a vomitar. Les sobra miedo.

DIONISIO. Estos putos héroes de la nada. Quisiera haberlos visto cuando se necesitaba tener güevos de verdad a ver qué iban hacer, dónde iban a meterse.

49. La mayoría de los bancos del parque estaban

ocupados. Decidimos compartir con otros la bancada semicircular de mármol que está detrás del monumento a Gonzalo de Quezada y Aróstegui.

58. ¿Puedo fumar, señora?

CLAUDIA. Hoy en esta casa se puede todo.

58. Gracias. Huye, humo, ¡huye feliz! Viñas interpretaba a Beba, Fernando a Lalo, yo a Cuca. En otras, el Vlado imitaba al juez, Luis al sargento, y su padre Julio al fiscal. Algunos nos observaban celebrando la ocurrencia con más de un guiño. Desde los bancos, bajo los árboles, o detrás de los arbustos, llegaban susurros, gemidos, griticos exagerados, burlas, risas, algún que otro shhh.

DIONISIO. Gallinas culecas, eso parecían. Exhibiendo el moquillo al por mayor. Andaban en manadas como esos patos salvajes que cruzan el horizonte para emigrar.

ENCAPUCHADO. Buitres con cataratas. Carroñeros con otitis. Tiñosas con los ojos vendados, de espaldas al glorioso porvenir. Eso eran.

DIONISIO. Había que reclutarlos, internarlos en La Granja, y de paso que hicieran algo útil. ¿Quién dijo que asmáticos y diabéticos no pueden sembrar papas y cosechar boniatos? ¿En cuál manual de salud dice que

cardiópatas y hemipléjicos no pueden cortar cañas, roturar la tierra, echarle abono? Si con hemorroides, papiloma y gonorrea estos infestados se iban de parranda, ¿por qué no ir entonces a guataquear al campo? Sé de buena tinta que así se elimina la bronquitis, la miopía, la gonorrea, los herpes y las escaras. El país en alarma epidémica y estos de juerga, festejando como si se hubiera acabado el mundo, pajareando por ahí, cacareando sermones bíblicos, música infecciosa. Pregúntenle dónde creían que vivían. En Gomorra, eso van a decir. Pregúnteles su cantante preferido. Elvis Presley, eso van a contestar. Por eso se llenaron de vitiligo y de tantas enfermedades. Ahí tiene a ese que se le nota el cáncer a una legua y sigue expulsando humo de cigarro.

58. Serían las diez de la noche cuando la furgoneta frenó en seco a nuestras espaldas. ¿Cuántos enfermeros eran, Viñas?

61. Unos diez. Se desplegaron en dos grupos. Tres permanecieron con nosotros, el resto se desperdigó hurgando en los escondrijos del parque. Iban requisando las personas sentadas en los bancos, buscaban entre los arbustos de flores, dentro de la fuente, detrás de la estatua de mármol que oficiaba de

surtidor, ¿recuerdas Vlado?

92. Con total claridad.

DIONISIO. Los muy tontos. Se creen mejores que nosotros. Hay que verlos sedientos de bebida, chupando hielitos, tragando ensalada y pasta de bocaditos, en vez de estar trabajando duro.

ASISTENTA. Si el invento hubiera sido útil, mis plegarias hubieran sido escuchadas y el padre de mi hijo tendría los dedos destrozados, pero el alcohol lo volvía cauteloso. Mientras ponía el sebo en la trampa, yo recordaba los ojos fosforescentes de las ratas que correteaban por las vigas del techo y dormí esa noche sin escuchar el ruido del telegrama arrastrarse por el suelo. Y al despertar fue a mi hijo al que cazaron, fue a él a quien llamaron rata.

92. Se desplazaban frenéticos en silencio. Parecían mudos.

61. No hicieron preguntas. A empujones nos obligaron a subir en la furgoneta cubierta de una lona oscura. Hasta que la llenaron. Luego escuchamos el parte.

ENCAPUCHADA. Yo di el parte, ¿y qué? 13 casos de hemorroides. 11 de papiloma. 9 casos de otitis. 7 con glaucoma. 6 con herpes. 5 diabéticos. 4 cardiópatas. 1

con apendicitis. Pido autorización para llevarlos a la clínica 1.

92. Fernando y yo nos miramos asombrados, ¿acaso estábamos soñando? ¿A dónde nos llevan?, pregunté.

ENCAPUCHADO. A un balneario, ¿dónde sino?

DIONISIO. A eso le llamo eficiencia. Precisión. Cumplimiento del deber. Ejemplaridad. Discreción total. Uso del despiste para desinformar al enemigo. Un informe conciso, sin cabos sueltos. Ahora bien, el Julio Almazán y el otro Fernando Simo y el resto, ¿qué eran? Enfermos. Resuelto el problema. Vimos fiebre y salpullidos en lo que iba camino a las escaras y al pus de no combatirlo a tiempo, tullidos de mierda. Los pusimos en un quirófano, le administramos sedantes, vacunas, infinidad de medicamentos. ¡Todo gratis! Todo aprobado sanitariamente, nada vencido. Ahora se producen mierdas, antes la caducidad no existía, y el pago de Julio Almazán, ¿cuál fue? Se nos fugó de La Granja. Se nos evaporó. De noche, como si fuera un delincuente. Eso no es todo. Se llevó con él su historia clínica, ¿para enseñársela a quién? Al otro cirrótico de Lihn.

61. Migue, a ti te dio una crisis de asma.

49. No quedó siquiera un espacio libre sobre las tablas donde sentarse. Muchos detenidos tuvimos que sentarnos en el piso, a como pudiéramos. Ahí me empezó el ahogo.

92. Nos mirábamos en silencio, sin querer entender pero comprendiéndolo todo.

ENCAPUCHADA. Ahora es fácil venir a pedir cuentas pendientes.

DIONISIO. Allá, en aquel entonces, hubieran bajado la cabeza como todos los que intentaron alzarla. Son hijos de perros rabiosos a quienes cortamos la rabia de cuajo. Eso son. Que conste.

CLAUDIA. Alto ahí.

JAVIER. ¿Qué sucede, Mima? ¿Y esa grabadora?

CLAUDIA. Ya verás.

JAVIER. Guaaaa, otra sorpresa. ¿Los Van Van?

CLAUDIA. ¡Música maestro!

VOZ DE MUJER. ¿Una entrevista quiere hacerme? Pues pregunte, rápido. No tengo mucho tiempo. Me espera una cola inmensa para comprar dos kilogramos de pollo. ¿Cómo dijo? No, su esposa no, fui mujer de Enrique Lihn. ¿Qué desea saber?

VOZ DE CLAUDIA. Dónde encaja en todo esto mi padre.

VOZ DE MUJER. ¿Su padre? ¿Julio Almazán? Me suena. A ver la fotografía.

ENCAPUCHADA. Lo que faltaba. Otro incomprendido, otro resucitado, ¡ahora!, como si valiera la pena tanto recordatorio.

ENCAPUCHADO. La verdad no me suena ese Lihn. ¿Poeta chileno? Ah, Neruda sí, con sus veinte poemas de amor y su canción desesperada. ¡Cuántas veces no habré susurrado: “te pareces a la palabra melancolía”!

VOZ DE MUJER. Sí, reconozco a su padre.

ENCAPUCHADO. Suéltale la mandíbula, bruto. ¡No ves que la lastimas!

ENRIQUE. ¿En serio no quieren hablar?

JAVIER. Ya hablarán, estoy seguro.

ENRIQUE. Mira bien su cara, perra. ¿No la recuerdas?

ENCAPUCHADA. Como si fuera hoy.

VOZ DE MUJER. A Lihn no le obsesionaba, como muchos le reprocharon, encontrar un punto vulnerable en la Campaña de Higienización. Vivió la noche, la escasez, el frenesí de los discursos epidemiológicos. Eso sí, le llamaba constantemente la atención los carteles que en muchas partes anunciaban “Zonas en Cuarentena”.

ENRIQUE. ¿Y a ti, perro? ¿No se te aparece la cara de mi padre en tus sueños como una pesadilla?

ENCAPUCHADO. Se ceban conmigo estos putos carroñeros, y olvidan demasiado cuando olvidan que cumplía órdenes.

VOZ DE MUJER. Lihn ofreció una lectura de poemas en la Unión de Escritores y después nos dirigimos a casa... ¿sería de César? No recuerdo. En todo caso estaba situada frente al malecón. Poco a poco fueron llegando los demás invitados. ¿Pablo, Heberto, Belkis, Manuel, Triana? Sería demasiado pedir a los recuerdos. En todo caso eran autores conocidos, con cierto prestigio, activos todos en el panorama literario.

ENCAPUCHADA. Aquel martes agitado debí quedarme en casa. Pretextar una dolencia y dedicarme a revisar exámenes, pero fui testaruda y me llegué a la Universidad como si nada pasara. Me senté frente a los alumnos dispuesta a comenzar la lección cuando se levantó desafiante este guiñapo. En aquel entonces tenía una hermosa melena, luego lo obligamos a raparse. Y por supuesto, no tenía esa tembladera en las manos.

MARCOS. Habla de una vez, maldita.

VOZ DE MUJER. Empezaron, como se dice, a bombardearse poemas de su autoría entre humo de

cigarros, alcohol y rememoraciones. Y entre copas de Triple-sec, eso sí lo recuerdo por ser mi licor preferido, alguien desató el rumor de la existencia de un Sanatorio que nombraban La Granja.

ENRIQUE. ¿No escuchaste a mi padre, perra?

VOZ DE MUJER. No recuerdo si fue César, Pablo o Belkis, quizás Heberto o Manuel o Triana, quien dijo en voz baja que pacientes superaban los veinte mil. Otro exclamó van rapados y con un número.

ENCAPUCHADA. ¿Qué quieres, Marcos?

MARCOS. Decirle lo que sabemos, profesora.

ENCAPUCHADA. ¿Sabemos quiénes, qué saben?

MARCOS. Que usted es una de las deladoras, miembro voluntaria de la Operación Higiene Sanitaria aquí en la Universidad.

ENCAPUCHADA. ¿Y...? ¿Qué van hacer?

VOZ DE CLAUDIA. ¿Así terminó la velada esa madrugada?

VOZ DE MUJER. Esa velada nunca terminó para él. A Lihn lo acompañó esa madrugada siempre. Comenzó a entrevistar personas que habían estado en El Sanatorio. Y mientras más entrevistaba, más claro le apareció una noche la idea de escribir una obra de teatro con personajes que hubieran vivido esa experiencia.

¿Cómo la tituló? “La máquina difamatoria”.

ENCAPUCHADA. Sí, no me mire así como un fantasma. ¿Qué van hacer?

MARCOS. Ya lo sabrá, a su debido tiempo. No va a salirse con las tuyas. No crea que puede dictaminar enfermedades y propiciar expulsiones, sin que todo ello tenga consecuencias.

ENCAPUCHADA. Seguí dando clases, por supuesto. Qué me iban a intimidar unos asustados.

ENRIQUE. Los perros se resisten a ladrar.

JAVIER. Habrá que pincharlos con algo a ver si al menos se quejan.

VOZ DE MUJER. Entonces su padre nos visitó y dijo a Lihn que le encantaría ayudar, que tenía un dossier que podía poner a su alcance.

VOZ DE CLAUDIA. ¿Un dossier?

VOZ DE MUJER. Eso que escuchó. Un dossier sobre las Unidades Médicas de Salvación. No tuve acceso al contenido, si es lo que quiere saber. Lihn pasó horas y madrugadas transcribiendo párrafos enteros. Por el grosor tendría más de 150 páginas manuscritas. La única vez que me asomé a esas hojas amarradas vi palabras nerviosas, quiero decir, escritas con ansiedad. Hasta que días después tu padre vino por ellas y no lo

vimos más.

ENCAPUCHADA. ¿Y qué querías, idiota? ¿Qué te dejáramos suelto con esa catarata en los ojos? ¡Deja de mover tanto las manos! ¡Pareces un títere!

MARCOS. Volvieron pulpa mi poemario *Oda a Natacha Lubianka*. Y mi libro *Memorias de un balneario* se quedó en las pruebas de galeras.

ENCAPUCHADO. Si le sirve de acicate, el director de la editorial cogió lo suyo y lo mandamos a rehabilitación también. Por dormirse en los laureles.

ENCAPUCHADA. Porque para publicar, ya sea una oda o un panfleto, necesita una receta del oftalmólogo. Con su firma y su cuño.

ENCAPUCHADO. Y una sugerencia para el futuro: cero alusión al salón de operaciones. El Quirófano, El Sanatorio, nunca existieron. Quiero decir, lo olvidamos. Murieron. Hay que mirar al frente. ¿Entendió?

ENRIQUE. Ladra, perro.

ENCAPUCHADO. Eso que escuchó, lo mandamos para una fábrica. Usted será el primero en encabezar el experimento.

VOZ DEL HIJO. Madre, no creo en los partos. Aquí siempre anochece. Me aterra lo que viene después de las cesáreas.

MARCOS. ¿Un experimento? ¿A dónde?

ENCAPUCHADO. A una fábrica cualquiera, ahí lo mandamos. Según nuestros cálculos, ahí la catarata va a retroceder enseguida. En un abrir y cerrar de ojos verá que ya no tiene nada en la vista.

ENCAPUCHADA. O si lo prefiere lo mandamos a las microbrigadas, a meter las manos en el hormigón y el acero.

ENCAPUCHADO. El lugar de los escritores es la trinchera, compañero, el contacto diario con el hombre saludable. Es decir, la clase obrera, el campesinado.

ENCAPUCHADA. Con ellos respirará aire puro, emociones sanas, patriotismo. Adiós catarata.

ENCAPUCHADO. Ese roce diario estimulará nuevos temas acordes con nuestras metas. Cuando su catarata esté a kilómetros luz de sus ojos, verá un sol resplandeciente y gritará emocionado: ¡qué bella es la dictadura del proletariado! ¡Me han tratado la vista de gratis!

MARCOS. Siempre me han aterrado las dictaduras. La del proletariado no sé por qué tendría que ser la excepción.

ENCAPUCHADO. ¿No imagina acaso sus poemas, sus cuentos, surgidos ahí, en el fragor del trabajo diario?

MARCOS. La verdad no me imaginé nunca trabajando en una fábrica.

CLAUDIA. ¿Ahí lo mandaron? Pensé que lo colocarían en algo mejor.

MARCOS. ¿Qué podría ser mejor?

CLAUDIA. No sé. Catalogando libros en un biblioteca. Traduciendo libros técnicos o literatura rusa.

ENCAPUCHADO. Ahí lo tiene. Otro cáncer a combatir: la ironía. Nunca entendieron que no toleraríamos ninguna burla, ninguna ofensa por muy solapada que estuviera. Ahí tiene el resultado de esos cafecitos y clubes nocturnos. Lo que hacen es intoxicarlo. De humo, de ideas venenosas, de bohemias. ¿Entiende ahora lo que le proponemos?

MARCOS. Sí. Someterme a un tratamiento ocular en el acero o el hormigón. Para purificarme. Renacer.

DIONISIO. ¿Otro cigarro? Obligando al resto a tragarse su humo. ¿No se da cuenta este idiota que nadie más fuma aquí?

58. Huye, humo, ¡huye feliz! ¿Para purificarnos, renacer? Estos queloides, miren bien mis manos, es culpa de esos enfermeros degenerados.

ENCAPUCHADO. ¿No cicatrizaron? No entiendo la queja, la incomprensión. El herpe desaparece con el

contacto prolongado del sol. Esos poros de la tierra contienen fango botánico.

58. ¡Pero si no tengo herpes!, les gritaba. Déjenme ir a casa. Quiero irme.

ENCAPUCHADA. No está curado. Esas ronchas son contagiosas.

CLAUDIA. Las enfermedades me ponen nerviosa, tengo que admitirlo.

ENCAPUCHADO. Compañero, está irremediablemente podrido. No sé cómo puede pensar y menos escribir.

MARCOS. ¿Tan grave es la cosa?

DIONISIO. Ahora ninguno recuerda que debíamos sanarlos. Ahora todo resulta color rosa. ¡Flojos, calumniadores, malagradecidos!

ENCAPUCHADA. Lo estamos salvando de una gangrena, compañero.

MARCOS. Ah, no sabía que estaba tan enfermo.

ENCAPUCHADO. Canceroso diría yo.

CLAUDIA. El médico le recetaría una dieta especial, imagino.

49. Es una broma, ¿no? Ojalá esa dieta hubiera sido esta ensalada de coditos deliciosa. Desayuno: un poco de leche aguada y un trozo pequeño de pan duro.

Almuerzo: algo de sopa y arroz, y en la comida boniato o papa hervidos. A veces espaguetis, harina de maíz. ¡Vaya dieta para un Sanatorio!

ENCAPUCHADO. Vemos que entiende, compañero. Puede irse. Ah, espere un momento. Hemos razonado de inmediato que hace más falta en Vulcano. Una fábrica de chatarra.

MARCOS. ¿Y dónde queda eso?

ENCAPUCHADA. En el Cotorro.

MARCOS. ¿Cotorro?

CLAUDIA. Más o menos en el culo del mundo.

49. Después de 8 ó 10 horas de sol, regresábamos desfallecidos al Sanatorio con asma, vitiligo y hemorroides. Íbamos derecho a los baños termales, luego a comer el sancocho y enseguida el conteo. Daban el silencio a las 10 de la noche.

ENCAPUCHADO. Los obreros allí necesitan que los cultiven, les enseñen a escribir. Ellos son quienes redactarán la historia de la Campaña de Higienización. Puede irse, cierre la puerta cuando salga, compañero. Ah, algo más. Siéntese.

MARCOS. ¿Cómo?

ENCAPUCHADO. Eso mismo. Tome este papel y lápiz.

MARCOS. No entiendo.

ENCAPUCHADA. Claro que entiende. Hágase una autocrítica.

MARCOS. Me acaban de echar un cubo de agua fría.

58. Vlado, recuérdale al postrado las técnicas que los enfermeros empleaban cuando perdían el estribo.

92. Aplicaban “El ladrillo”.

58. ¿En qué consistía? Seamos precisos.

92. En parar al enfermo sobre dos hileras de ladrillos durante horas hasta que se le anestesiaran las piernas.

58. Viñas, refréscale más la memoria al doctor Dionisio, conocido también como El Nazi. El Suda. El Cacique.

61. A sus enfermeros les encantaba jugar con la resistencia del cuerpo humano.

58. Detalles, por favor.

61. Nos colgaban de una viga, uno de sus deportes favoritos.

58. ¿Cómo le llamaban a esa técnica?

61. “El Trapecio”.

58. ¿Y consistía en...?

61. Suspendernos por las muñecas en el aire hasta que se nos apagara la tele.

CLAUDIA. ¿Cómo dijo?

61. Hasta que nos quedáramos sin conciencia.

CLAUDIA. ¡Y eso para qué!

58. Para operar sin anestesia.

CLAUDIA. ¡Estoy espantada!

58. Resume, Migue.

49. Yo mismo sufrí “El barril”.

58. Sin rodeos.

49. Me sumergían la cabeza una y otra vez dentro del agua. Decían que así se iba el asma.

58. ¿Eso es todo?

49. También padecí “El embudo”.

58. En pocas palabras...

49. Me tapaban la cara con una gaza y por la obertura de la boca vertían agua.

58. ¿Y eso para qué?

49. Para que pudiera orinar. Padecía, según ellos, de insuficiencia renal.

58. ¿Algo más?

49. Por suerte no pasé por “Las chapas”. Dicen que te las colocaban en las rodillas hasta que las chapas se fundieran con la sangre, la carne y astillara los huesos.

58. Resumiendo.

49. Para evitar, según ellos, la enfermedad

conocida como La Gota.

JAVIER. ¡Mima! ¿Qué haces? ¡Lo vas ahogar! Suéltale el cuello.

CLAUDIA. ¡Miserable! ¡Hijo del Demonio! ¿Qué le hicieron a mi padre? ¿Habla de una vez?

JAVIER. Enrique, ayúdame a sentar al postrado. Déjame levantar la silla de ruedas primero.

CLAUDIA. ¡Levántate y habla, o no respondo de mí, puerco! ¡No me sujetes por los hombros, Javier!

JAVIER. Mima, déjalo.

CLAUDIA. ¡Quiero que hable!, ¡que vomite toda esa verdad que se calla a diario!

JAVIER. No hablará, Mima. El silencio será siempre su mayor defensa. ¿No ves que estos mierdas sin capucha tampoco hablan?

DIONISIO. De mí ¡jamás!, escúchalo bien, ¡nunca saldrá la palabra perdón!, si es lo que esperas de mí, enfermera torpe y ordinaria. No hay nada de que arrepentirse. Hicimos lo que teníamos que hacer. Y volveríamos a repetir el tratamiento si fuera necesario. Que conste.

MARCOS. ¿La confesión bastará para quebrar el silencio? Si así fuera me propongo como voluntario en primera fila.

ENCAPUCHADO. Aun así no se tire tantos delitos encima. Tres o cuatro son suficientes, ¿entiende? Tampoco queremos que peque de exagerado.

CLAUDIA. La verdad, no entiendo. Es decir, la verdad sí entiendo.

ENCAPUCHADA. Queremos decir que no se ensañe tanto contra usted mismo. Con decir que siente bochorno de haber escrito un libro desalentador para el espíritu de la época, con proclamar su actitud pesimista ante la Campaña de Higienización, con admitir que su catarata ha sido la culpable de ver tan borroso lo que tanto brilla por sí solo, con decir fui un ciego malagradecido, con esas lamentaciones basta, ¿cae en lo que le pedimos?

CLAUDIA. ¡Eso no es una autocrítica! ¡Es un panfleto, por Dios!

MARCOS. Una comedia humana.

ENCAPUCHADO. Vemos que entiende. No imagina cuánto nos alegra. Ahora redacte su autocrítica de forma sencilla. Pero bueno, ¿dejará de mover las manos? Parece un muñeco bailando a las cuerdas.

MARCOS. Aquí tiene.

CLAUDIA. ¡NO!

ENCAPUCHADA. Muy bien. Una confesión perfecta.

Ahora firme aquí abajo.

MARCOS. ¿Con mi nombre viejo o con el nuevo que me están dando ahora?

ENCAPUCHADA. Ponga Marcos León, El Renacido.

ENCAPUCHADO. O El Iluminado. ¿Y ese tic nervioso en la cabeza? ¿Acaso tiene miedo? No hay nada que temer. Usted es un hombre nuevo a partir de hoy. Eso debería tranquilizarlo, compañero. Aquí tiene un espejo. Observe bien su cara. ¡Sus ojos! ¿Qué ve? Un futuro promisorio, ¿verdad? En fin, póngase un sobrenombre que dé idea de su nuevo estado de ánimo.

MARCOS. ¿Podiera ser Marcos León, El Mecías?

ENCAPUCHADA. No haga chistes en contra de la generosidad que el Departamento de Salud Higiénica está teniendo con usted. Le puede salir cara la broma.

CLAUDIA. ¿El Renacido? ¿El Iluminado? ¿Se burlaban acaso?

ENCAPUCHADO. ¡No mueva tanto las manos! Sino tendremos que internarlo de nuevo para curarle los temblores.

ENCAPUCHADA. Mirándola bien, su escritura es torpe y abigarrada. Me huelo que es un escritor de provincia, ¿estoy en lo cierto?

ENCAPUCHADO. ¡Deje las manos quietas, carajo!

MARCOS. Según ellos, hasta mi alma podían descifrar con tan solo asomarse a mi letra.

CLAUDIA. Ah, no sabía que estaban tan adiestrados. ¡Hasta expertos en caligrafía eran nuestros médicos! ¡Qué dichosos hemos sido desde el principio!

MARCOS. ¿Le parece bien así?

ENCAPUCHADA. Perfecto. Ahora selle el documento con un Viva la Campaña de Higienización y las Unidades Médicas de Salvación.

MARCOS. ¿Ya puedo irme?

ENCAPUCHADO. Sí. Ah, un momento.

MARCOS. Diga.

ENCAPUCHADO. Hable de la fe que tiene depositada en nuestro tratamiento. Que su voz llegue a la Cruz Roja Internacional. Dé el testimonio de su pasantía en la fábrica a quien lo quiera escuchar, y a los sordos también. Expresé con soltura y emoción que logra ver gracias a nosotros.

MARCOS. ¿Puedo irme ya?

EL MINISTRO. Una última solicitud y puede marcharse: sóplenos al oído bien bajito a esos otros, como usted, que usan espejuelos. Le prometemos solemnemente que también le trataremos la vista gratis.

ENRIQUE. Javier.

JAVIER. Dime.

ENRIQUE. Ha llegado la hora.

ENCAPUCHADO. ¿Qué hora ha llegado?

ENCAPUCHADA. ¿A dónde van los pacientes con ese Javier y el otro Enrique?

CLAUDIA. Un momento, ya abro. ¡Qué bien! Al fin decidió cambiar de aire y venir al motivito.

ASCENSORISTA. Bueno... en realidad estoy aquí por su hijo. Él me pidió encarecidamente que no dejara de venir. Espero no llegar tarde.

CLAUDIA. ¡Qué va! Es temprano, queda mucho tiempo para todo. ¿Y esa indumentaria?

ASCENSORISTA. Está algo raído, pero lo conservo. Es la vestimenta que usaba cuando ejercía de sepulturero.

CLAUDIA. Ah, ya. Bueno, siéntese. Mi hijo regresará pronto con los de más invitados. ¿Quiere que lea algo del diario de mi padre y así matamos el tiempo mientras llegan? Perfecto, aquí está. Siempre lo llevo conmigo a donde vaya.

DIONISIO. Ahí va con otra ronda de estupideces. ¿No se cansará nunca esta ordinaria de recordar?

CLAUDIA. *Un día llevaré a Claudia a descubrir la nieve, si el calor, el agobiante calor lo permite. Cubriremos*

nuestros cuerpos y ojos de la ventisca y caminaremos con nuestras magras provisiones hasta encontrar un refugio apartado donde construir una cabaña de junco y barro.

ENCAPUCHADA. Me asustan estos justicieros paranoicos. Son capaces de ver la leyenda personal de la justicia en cualquier descalabro.

ASCENSORISTA. Me encantaría ver la nieve antes de morir.

CLAUDIA. *Antes de que el azote del invierno sea crudo, habremos salado el pescado y encendido maderos dentro de la cabaña para calentar nuestros cuerpos. Frotaremos las manos sobre el fuego arbitrario y en el fulgor crepitante de los leños ardiendo tomaré las tablas de arcillas desenterradas durante la travesía y leeré a mi hija la primera historia del hombre hablando de sus memorables proezas, de sus costumbres bárbaras y de la más reciente conquista en su vida nómada: la matanza a lanzazos de un gigantesco mamut, defendiéndose inútilmente en el profundo hoyo que le han tendido como trampa.*

ENCAPUCHADO. ¿Y ese ruido de madera crujiendo?

CLAUDIA. *Luego, con una vara, grabaremos sobre la arena negra nuestros nombres, única hazaña que registraremos en un lugar situado casi al fin del mundo.*

Antes que el estallido feroz del invierno venga a intentar derribar la cabaña, el sagrado sueño que hemos construido con tanto empeño, saldremos arrojados a descubrir la nieve, a rozar ese misterio que a tantos ha encandilado. Ahí están.

JAVIER. Walterio, muchas gracias por venir.

ASCENSORISTA. A la orden, siempre.

CLAUDIA. Así que ese era el martilleo. Para eso era la madera.

ENRIQUE. ¿Y la pala, el pico?

ASCENSORISTA. En el maletero del almendrón. Está parqueado frente al edificio.

JAVIER. Pronto bajaremos.

ENCAPUCHADO. ¿Es lo que estoy viendo o lo estoy soñando?

ENCAPUCHADA. No puede ser. ¿Dos ataúdes? ¿Para qué?

ENRIQUE. ¿Es pánico en los ojos lo que estamos viendo, Javier?

JAVIER. Deben estar cagándose y orinándose de nuevo en los pantalones.

ENCAPUCHADO. Pero... ¿qué se proponen estos iracundos?

ASCENSORISTA. Les ayudo a quitar la tapa.

ENCAPUCHADA. Esto tiene que ser un sueño mal soñado.

ENCAPUCHADO. ¡Suéltense! ¿Qué van hacer? ¡Acaso se han vuelto locos!

CLAUDIA. Al fin se decidieron a hablar. Pensé que estaban afásicos como el postrado.

JAVIER. Ya ves, Mima. Lo que puede el miedo.

ENCAPUCHADA. ¡Quítame las manos de encima, pordiosero! ¿A dónde creen que me llevan? ¿Qué?

ENRIQUE. Adentro.

ENCAPUCHADO. ¿Qué dices, mamarracho?

JAVIER. Adentro te dije, yegua vieja.

ENCAPUCHADO. ¡Alto! ¡Alto! Carajo, tropecé aquí adentro. ¡Sáquenme de este ataúd!

ENCAPUCHADA. ¡No me empujes, te dije! Herederos de la Nada. Ilusos. ¡Salvajes!

ENRIQUE. Silencio, perro.

ENCAPUCHADA. ¡Ustedes están locos! ¡Jamás se saldrán con las suyas!

61. Al menos vamos a impedir que ustedes se salgan con las suyas.

ENCAPUCHADA. ¿Qué va a hacer?

JAVIER. Cállate.

ENCAPUCHADA. ¡Que no amarre mis manos! Ayyyyy,

me partiste la boca, ¡salvaje!

JAVIER. ¡Cállate, te dije!

ASCENSORISTA. Mire quién está asomado al ataúd.

ENRIQUE. El derecho al pataleo del ahogado.

ENCAPUCHADA. Jamás les rogaremos clemencia, niñatos indefensos. Jamás les pediremos disculpas. ¡Morirán sin escuchar nuestro perdón!

ENCAPUCHADO. ¿De veras creen que saldrán victoriosos? Y mañana, ¿qué harán? ¿Cobrárselas a los que faltan?

ENRIQUE. No lo pongas en duda, perro.

CLAUDIA. ¡Cuidado, Javier! Lo puede matar si...

ENCAPUCHADO. Ahahaaaayyyyyy.

CLAUDIA. ... lo golpea con ese martillo... en la cabeza.

JAVIER. ¿Te vas a callar o quieres que te haga lo mismo, yegua?

ENCAPUCHADA. ¡No! Eso no, necesito respirar. No me ponga ese trapo en la boca. No soporto el ahogo.

ENCAPUCHADO. Mmmnnnmnn.

ENCAPUCHADA. Mmmnnnmnn.

CLAUDIA. Detesto el silencio cuando no sabe callarse a tiempo.

JAVIER. No, Enrique. No le coloques la capucha.

Que miren su muerte, su asfixia.

CLAUDIA. Mi hijo tiene razón, Enrique. Que lo último que vean estos rapados sea su ahogo.

ASISTENTA. Lo que la cartomántica susurró a mis oídos antes de marcharme, fue cierto. La pordiosera y el mendigante asomarán, dijo, y asomaron cabizbajos y encapuchados. Los trajeron a esta casa a donde vuelvo cada mañana a esperar el regreso de mi hijo. Y los encapuchados entraron por esa puerta, escoltados por alguien que dijo llamarse el hijo del carpintero. Y la pordiosera fue degradada hasta quedar pordiosera. Y el mendigante degradado hasta mendigar.

MARCOS. Alcánceme el martillo, Javier. Quiero clavetear una de las tapas.

JAVIER. Toma, aquí están los clavos también.

ASCENSORISTA. Me gustaría sellar el otro ataúd, si me lo permiten.

ENRIQUE. Pa, ten cuidado.

MARCOS. Tranquilo. No habrá accidentes.

ENRIQUE. Agarra la tapa, Walterio. Ayúdelo, Viñas.

ENCAPUCHADO. Mmmnnnmnn.

ENCAPUCHADA. Mmmnnnmnn.

49. Vlado, levanta la tapa por la esquina. Dale,

ahora. Entre los dos.

ASCENSORISTA. Tienen tanta suerte estos encapuchados que hasta la madera tiene comején.

MARCOS. Hasta más ver, señora Claudia.

JAVIER. Mima, luego venimos por Dionisio.

CLAUDIA. No hace falta, hijo. Me basto sola. Me prometí que me hablará y lo hará, aunque para ello...

JAVIER. Aunque para ello qué, Mima.

CLAUDIA. Yo me entiendo. Sé que hablará. Lo sé. A ustedes gracias por venir. Enseguida que releve las fotos les hago llegar un copia.

ENCAPUCHADO. Mmmnnnmnn.

ENCAPUCHADA. Mmmnnnmnn.

JAVIER. ¡Nos vamos! Lucha tu yuca, taíno, lucha tu yuca...

ENRIQUE. Que el cacique delira, está que preocupa.

MARCOS. El cacique mandó contones a contar, a la tribu quiere censar...

ASCENSORISTA. El bohío que ocupas, tú, prepárale un ritual, no vaya a ser que lo declaren ilegal.

49. Que la jugada está apretá, todo el caney lo sabe...

58. Que no abunda el taparrabo y no alcanza el casabe...

61. Que está cara la magia y más la medicina

92. Ay, se nos prostituyen las taínas.

JAVIER. Y trabaja, y trabaja, como suda el indito...

ENRIQUE. Al que todavía pagan con espejitos...

MARCOS. En las horas de ocio juega al Batos un poquito...

ASCENSORISTA. Porque está caro, muy caro, el areíto.

49. Y yo no como, no como si no me dan otra cosa...

58. Ya no soporto el picadillo de tiñosa...

61. Sobre todo cuando veo al que no es de aquí...

92. Comiendo un jugoso filete de manatí.

DIONISIO. ¿Adónde vas ahora, ramera?

ASISTENTA. Yo los vi alejarse eufóricos, cantando. Sobre sus hombros cargaban los ataúdes y el cielo estaba medio oscuro, aunque era de día. Una caravana de entusiasta avanzando sobre el fango, entre la maleza y el silbido húmedo del viento. Así marchaban: apretados, unos contra otros, en silencio, sin volver el rostro. Eso eran: un terco caminar a quien sabe dónde, bajo el cielo panzudo de nubarrones negros por donde asomaban relámpagos. Y mi hijo, mi único hijo, no iba con ellos. Pero cuánto le hubiera gustado formar parte

de esa caravana.

CLAUDIA. ¡Ya regresé!

DIONISIO. ¡Borracha! ¡Cirrótica!

CLAUDIA. Con una cervecita Cristal para celebrar tu cumple ¡y más! No me mires con esos ojos desorbitados Mis manos solo están comprobando el peso del martillo.

DIONISIO. Estúpida. Tranqueándote las manos como si fueras a entrar a un campo de batalla. Tú, precisamente tú, que no has librado ninguna. No conoces la guerra ni de lejos.

CLAUDIA. Al fin solos. Nuevamente. ¿Ves este paquete precintado? No, no te ilusiones tan rápido. No son tus *pampers*. Por fin serán llenados los vacíos que me han acompañado durante décadas.

DIONISIO. Jamás podrás involucrarme con el pasado de tu padre. Es algo que no puedes demostrar. Ni ahora ni nunca, ¿escuchas bien, enfermera ordinaria?

CLAUDIA. Sé que hablaras... ¿ves cómo compruebo su peso? Sí, hablarás aunque tenga que usar este martillo. Primero otro buchito de cerveza. Por Dios, qué delicia. ¿Y entonces? Veremos si eres capaz de resistir el dolor. Veremos si tienes el coraje de simular a un mártir.

DIONISIO. ¿Serías capaz de martillarme uno a uno

mis dedos? ¿Serías capaz de romperme los huesos de mis piernas, aplastarme los testículos con tal de que hable? ¿Serías capaz de tanto?

CLAUDIA. ¿Ves bien el paquete desde ahí o te lo acerco más? Ni siquiera pestañas. Bien, he pensado que el sueño recurrente de los últimos días era un aviso de que el encuentro con estos papeles de mi padre llegaba a su fin. Varias imágenes del sueño persisten: la cabaña de junco y barro fabricada entre abedules que cobijan copos de nieve en sus ramas. La sombra de mi padre agigantada por los leños crepitando en el silencio de la noche. Las tablillas de arcilla en sus manos mientras su voz descifra jeroglíficos. El aullido de lobos hambrientos. La bandada de pájaros negros cruzando uniformes el cielo abierto y desnudo.

DIONISIO. Eso han sido siempre ustedes. Una bandada de pájaros dispuestos a emigrar, a dar la espalda al futuro que quisimos construir aquí con tanto empeño. Por eso tuvimos que cortarles las alas a todos, para que dejaran de aletear.

CLAUDIA. Dios mío, ¡qué maravilla esta cerveza así a punto de romperse de lo fría que está! En fin, sigamos. De pronto mi padre se levanta, me toma de la mano, y me dice: vamos a contemplar nuestra hazaña de nieve

sobre la nieve. Me cubre la cabeza y anuda fuerte alrededor del cuello el jirón de piel que hace de capucha. Ajusta bien el pelaje suave y pigmentado que abriga mi cuerpo, lo ata con un nudo consistente. Al abrir la puerta de la cabaña, agarro firme, muy firme, su mano. Una ventisca arremete sobre nuestros rostros. Puedo escuchar aún los crujidos de nuestros pasos hundidos en la escarcha, mientras nos dirigimos al muñeco de nieve que hemos construido a unos pasos de la cabaña para que nos sirva de centinela. Tiene en la cara dos tomates perita rojos, son los ojos. Una zanahoria de nariz. Una habichuela de sonrisa y un frijol negro que imita un lunar de afeitado. Un rabanito hace de ombligo y en la cabeza, de corona, la mitad de una frutabomba madura dentada. Alrededor del cuello una bufanda sin más brillo que el negro intenso y penetrante de su color.

DIONISIO. No vas a amedrentarme con el color de la muerte. Seré libre y continuaré vivo mientras me niegue a confesar. Y concentraré todas mis fuerzas en ello, idiota. Nunca sabrás por lo que pasó tu padre en la Unidad Médica de Salvación Vietnam Heroico que yo comandaba. Al menos no lo sabrás de mí. Como tampoco sabrás cómo me hice de este apartamento donde naciste y te criaste. No sabrás nada aunque me atormentes

todos los días leyéndome esas mierdas que escribió tu padre en su diario.

CLAUDIA. En ese momento, mientras la bandada de pájaros negros cruza desafiante la ventisca, dejándonos a solas a merced del invierno, se corta el sueño. Eso pensaba entonces, ahora creo que persiste con el contenido de esta carpeta. ¿Listo? Al fin sabré qué quieren decir esas dos enigmáticas letras. D.U. Voy a colocar la cerveza en el piso y quitar el embalaje con la oreja del martillo.

DIONISIO. Ayyyaaay. ¡Estúpida!, ¡qué haces! Me has roto la rodilla.

CLAUDIA. Ay, lo siento. Se me zafó el martillo. Pobrecito. Qué lástima que no hables, así hubiera escuchado tu dolor.

DIONISIO. Ayyyaaay.

CLAUDIA. Se me volvió a zafar. ¡Cómo pesa esta herramienta! Se me cae sola de las manos. ¿Puedes creerlo?

DIONISIO. ¡Loca! ¡Buitre!

CLAUDIA. ¿Escuché bien? ¿Me llamaste loca... y buitre?

ASISTENTA. No desesperes, hijo. Resiste en el Sanatorio. Que la calma y los medicamentos sean

contigo.

CLAUDIA. ¿Por qué te sudan las manos, Dionisio de Cáceres Beltrán? ¡Qué suerte la mía que estés vivo!

MAYKEL RAFAEL PANEQUE



La Habana, 1977. es autor de los libros de narrativa *Todo será breve como el descanso* (2do Premio La casa por la ventana 2013 y Premio Fundación de la Ciudad de Cienfuegos Fernandina de Jagua 2016), *Noches para desertar* (Accésit del Premio Félix Pita Rodríguez 2016), *El sueño en alguna parte* (Premio Hermanos Loynaz 2016), *Siete piedras en tu nombre* (Premio Emilio Ballagas 2016), *Libro de los indocumentados*, *Viendo la nieve arder* (Premio Fundación de la Ciudad de Matanzas 2021) y *Volar el puente* (mención del Premio Luis Rogelio Nogueras

2020 y finalista del II Premio Latinoamericano de Novela Corta Fabla Salvaje 2021).

También ha publicado *Lezama en César: una ventana en el tiempo* (Ediciones Extramuros, 2007) y *Cámara lenta* (Premio Fundación de la Ciudad de Matanzas 2012, teatro). Mereció la Beca Dador de Creación Literaria 2020 por el proyecto de literatura infanto-juvenil "Carolina y sus papás Osos", y el Premio Paco Mir 2022 en literatura infanto-juvenil por la noveleta "¡Adiós, famosos volantes!". "Un refugio para olvidos" obtuvo el Premio de Narrativa Guillermo Vidal 2022, y "La máquina difamatoria" el Premio de Novela Franz Kafka del 2023.



Título: Disfagia.

Autor: Maykel Rafael Paneque.

Imagen de portada: Vladimir León Sagols. Colección privada de Milay Laviña.

Edición digital Hoja en blanco. Junio 2023.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY - NC - ND 4.0

Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

www.hojaenblancoeditorial.com

